

SABOTAGE

PAR
LEWIS HAROC



LEWIS HAROC

¡SABOTAJE!





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION

F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpabiel! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris. (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde. (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra. (2.ª edición.) (3).
6. Contra Scotland Yard. (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón. (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura. (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva. (2.ª edición.) (4).
10. La redada. (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai. (2.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters. (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos. (2.ª edición.) (6).
15. El Hombre de las Tres Caras. (2.ª edición.) (7).
16. Tánger. (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín. (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición. (2.ª edición.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico. (2.ª edición.) (1).
21. El Delator. (6).
22. Armonías de muerte. (3).
23. Destinos cruzados. (1).
24. Persecución. (5).
25. Una ciudad rota. (4).
26. Horas trágicas. (7).
27. La muerte alada. (3).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro. (6).
30. Trampas mortales. (5).
31. Contrabando funesto. (5).
32. Nueva York-San Francisco. (7).
33. Entre rejas. (1).
34. Muerte en el Caribe. (6).
35. Secuestro. (5).
36. El dueño del mundo. (4).
37. Hermano contra hermano. (7).
38. Filibusteros modernos. (2).
39. Palestina en llamas. (3).
40. La ley del terror. (8).
41. A la desesperada. (5).
42. La promoción de la muerte. (6).
43. Tinieblas. (1).
44. Espías en la noche. (2).
45. Fidelidad. (6).
46. Sin cuartel. (7).
47. Armour, expulsado. (6).
48. La huida de Varka. (3).
49. La Maffia. (1).

50. Alaska, final de ruta, (8).
51. Tras el telón de acero, (6).
52. Gangsters de guante blanco, (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena, (5).
55. El genio del mal, (6).
56. Hombres armados, (10).
57. Reverssa elección, (5).
58. La bestia escarlata, (3).
59. Huellas de ultratumba, (11).
60. S. O. S., (8).
61. Billetes malditos, (3).
62. Camino de perdición, (12).
63. Camaradas enemigos, (3).
64. A la deriva, (8).
65. ¡Odio! (1).
66. Cita de madrugada, (3).
67. «Killer» a sueldo, (5).
68. Muerte en el atardecer, (4).
69. Loup-Garou, (3).
70. Punto final, (5).
71. ¡Mirad a las sombras! (3).
72. Entre esas brumas... (5).
73. Tortura, (13).
74. El confidente, (3).
75. ¡Terror! (5).
76. El final de Rocco, (5).
77. El vengador negro, (1).
78. ¡Codicia! (8).
79. Sentenciado, (6).
80. Secreto de Estado, (4).
81. Alias «Lugger», (5).
82. Hora «D», (3).
83. Carne de horca, (4).
84. Tráfico mortal, (8).
85. Jack el invencible, (1).
86. Rastros perdidos, (6).
87. Contrato siniestro (3).
88. Traición sangrienta (14).
89. Al borde del abismo, (5).
90. Crimen y justicia, (1).
91. Hombres sin alma (3).

En preparación:

LA MARCA TRAGICA

AUTORES

- | | | |
|------------------|--------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz | (6) Alar Benet | (11) Thomas Settee |
| (2) Fred Baxter | (7) A. G. Murphy | (12) John Nebot |
| (3) Frank McFair | (8) Lewis Haroc | (13) Thomas Warr |
| (4) Eddie Thorny | (9) J. L. Martin | ton |
| (5) O. C. Tavin | (10) Jack Brooklyn | (14) F. N. Graw |

I

MUERTE EN LA CARRETERA



A aguja del cuenta-millas temblaba, oscilando hacia las sesenta por hora. El hombre que empuñaba el volante pisó a fondo el acelerador, y el coche saltó hacia adelante, desarrollando su máxima velocidad.

La asfaltada carretera, bordeada por enormes álamos, más allá de los cuales se extendían los verdes cultivos, corría vertiginosamente hacia atrás, mientras el conductor canturreaba.

No representaba más de treinta años. Tenía el pelo rubio, y los

ojos, azules y serenos, miraban a un punto imaginario de la carretera, que corría siempre delante del radiador del automóvil. Fumaba un cigarrillo, que acercaba de cuando en cuando a su boca con la mano izquierda, empuñando el volante solo con la derecha, como si el vehículo marchase a veinte millas por hora, en lugar de volar a su máxima velocidad.

La carretera comenzó a hacerse más tortuosa. La frecuencia de las curvas y el aumento de profundidad del barranco por cuyo borde se deslizaba, obligaron a Alex Harper a ser más prudente. Debajo de él, las aguas plateadas y azules del río Charles cabrilleaban al sol de la mañana, discurriendo rumorosas sobre un límpido fondo de guijarros.

Al salir de una pronunciada curva y antes de entrar en la siguiente, el edificio blanco y encarnado de un surtidor de gasolina surgió ante el coche, a un lado de la carretera. En la blanca pared de uno de sus laterales campeaba un letrero qué indicaba que faltaban quince millas para llegar a Boston.

El «Buick» pasó ante el surtidor como una exhalación. Los cuatro hombres que estaban en él, le vieron perderse en dirección a la ciudad, tomando sobre dos ruedas la pronunciada curva.

—Ese tipo le tiene poco apego a la vida —rezongó el dueño del surtidor.

—No es extraño que haya tantos accidentes —repuso el conductor del coche que repostaba en aquel momento—. Con locos como ése en la carretera...

El prolongado mugido de una sirena le interrumpió. Un motorista se acercaba a gran velocidad. Las ruedas de la máquina parecían no rozar siquiera el asfalto de la carretera. Pasó ante ellos sin mirarlos, atento sólo a la iniciación de la curva, por donde acababa de desaparecer el automóvil que perseguía.

—No le arriendo la ganancia —dijo uno de los hombres—. Le retirarán la licencia por conducir a esa velocidad.

El ronco mugido de la sirena se perdió en la distancia. El motorista se acercaba por segundos al automóvil, que, en aquel momento, coronaba la cresta de la colina y se disponía a iniciar el descenso. El conductor se apercibió que era seguido y, frenando ligeramente, volvió la cabeza para mirar por la ventanilla posterior.

Boston estaba ya ante él, como una mancha gris, al otro lado de

la cual brillaba el mar, debajo de la bruma que lo cubría.

De nuevo pisó el acelerador. El ruido de la sirena, que se había hecho más distinto al frenar, bajó de nuevo de intensidad, para recobrarla otra vez, cuando el motorista aumentó a su vez la velocidad.

Era una persecución emocionante. El coche tomaba las curvas sobre dos ruedas, que gemían lastimeramente, y no cabía duda de que su conductor habría conseguido llegar a Boston, perdiéndose en sus concurridas calles, antes de que el motorista hubiese conseguido darle alcance, si un automóvil, parado en el centro de la carretera, no le hubiera cortado el paso.

Con una maldición, Alex Harper accionó los frenos bruscamente y el «Buick» se detuvo con escalofriante rechinamiento a menos de cinco yardas del automóvil que obstruía la carretera.

Dos hombres estaban inclinados sobre el abierto «capot», hurgando en el motor. Alex sacó la cabeza por la ventanilla y les increpó:

—Oigan: ¿no tenían otro sitio dónde parar el coche?

Los otros se volvieron hacia él. Uno de ellos llevaba puesto un «mono» de mecánico y tenía las manos manchadas de grasa. El otro vestía un elegante terno color marrón, que no le sentaba nada bien, y se cubría la cabeza con un sombrero hongo. Todo su aspecto, desde la aplastada nariz hasta su corpulencia, pregonaba al hombre acostumbrado a las duras luchas del «ring».

Iban a contestar algo, cuando el lúgubre mugido de la sirena llegó hasta ellos y los tres miraron en aquella dirección. El motorista se acercaba velozmente. Unos segundos después, los detalles de su uniforme caqui eran perfectamente visibles.

—¡Maldita sea! —exclamó Harper—. Por culpa de ustedes voy a tener que pagar una buena...

Las palabras murieron de pronto en sus labios y un gesto de asombro se pintó en su varonil y atezado rostro, al comprobar que los dos hombres le tenían encañonado con sendas pistolas.

—Baje del coche —ordenó, con voz desagradable, el hombre de apariencia de boxeador.

En vista de la situación, Alex Harper, mientras hacía lo que se le ordenaba, se dijo que había sido una suerte haber pegado a su rueda a un motorista de carreteras.

La sirena había dejado de sonar.

—Levante las manos. —Fue la nueva orden.

Alex obedeció otra vez, mientras se preguntaba si aquellos individuos no se habrían percatado de la presencia del motorista, que había detenido su máquina en el borde de la carretera, a tres yardas del grupo, y se dirigía hacia él.

—Oiga, agente: estos individuos... —comenzó a decir, pero la escena que siguió le quitó las ganas de hablar, para pensar en lo raro de los acontecimientos que estaba presenciando.

El motorista llegó junto a ellos y se despojó de las empolvadas gafas, comenzando a limpiarse el sudor de la frente. Era alto, de pocas carnes y labios gruesos, y su aspecto agradó poco a Alex.

Lo más curioso fue que no hizo el menor gesto de extrañeza al ver a aquellos dos hombres, pistola en mano, y a otro con los brazos en alto ante ellos, ni hizo el menor ademán de imponer su autoridad para evitar aquel desmán.

—¿Es éste el tipo? —le preguntó el del «mono».

—Sí —farfulló el motorista—. No puedo equivocarme, porque le vengo siguiendo desde Marlborough. Buena guerra me ha dado. A poco me estrello más de una vez.

Alex no le agradeció el cumplido. En aquel momento, su cerebro intentaba en vano adivinar por qué aquel individuo, con uniforme de motorista, le había seguido desde su pueblo y qué relación tendría con aquellos hombres que con tan pocos miramientos le estaban tratando.

—Bien —terció el del hongo, dirigiéndose a él—. Oiga, amigo: nosotros no tenemos la intención de hacerle el menor daño. Sólo queremos...

El ruido del motor de un coche, que descendía la pendiente de la colina en segunda, con bastante precaución, le interrumpió.

—Vamos. Suba usted a ese coche. En seguida —ordenó el mecánico, empujándole hacia él—. Tú —agregó, dirigiéndose al motorista—: quita de ahí la máquina, para que puedan pasar.

El del hongo subió con Alex al automóvil; el mecánico se sentó al volante y apartó el coche a un lado. Luego se apeó de él y levantó de nuevo el «capot», haciendo como que examinaba el motor. Unos minutos después, un «Cadillac», color azul eléctrico, se detuvo junto a ellos. El conductor se asomó a la ventanilla y preguntó:

—¿Podemos ayudar?

El motorista, que estaba también junto al motor, se volvió hacia él.

—Muchas gracias —dijo—. No merece la pena. Ya hemos localizado la avería.

Desde el asiento posterior del coche, Alex Harper estuvo tentado de gritar a los ocupantes del «Cadillac», que necesitaba su ayuda desesperadamente; pero la significativa presión del arma que el hombre del hongo apoyaba en su costado, con tanto disimulo como poca delicadeza, se lo impidió.

El «Cadillac» se alejó.

—Baje —dijo secamente el del hongo, abriendo una de las portezuelas.

Harper le obedeció y dos de los tres hombres se situaron de nuevo frente a él.

—No Queremos causarle más molestias de las precisas —continuó el del hongo—. Sólo queremos que sea buen chico y nos deje atarle sin oponer resistencia, ¿comprendido?

—Pero ¿se puede saber por qué me van a atar? Si es dinero lo que quieren, cojan todo el que llevo encima y déjenme seguir mi camino. Tengo que estar hoy en...

—Sabemos de sobra dónde tiene usted que estar hoy —le interrumpió su interlocutor—. Pero nuestra intención es que no esté allí; así es que sea buenecito y déjese atar. Le aseguró que será mejor para usted.

Harper pensaba con la velocidad de un avión cohete. ¿Qué pretendían aquellos tipos, impidiendo que llegase a su destino a la hora fijada? No lo sabía, pero estaba seguro de que no se trataba de nada bueno. Adivinaba las más siniestras intenciones detrás de aquella celada cuidadosamente preparada y, aunque no sabía el motivo de aquel ataque, no estaba dispuesto, ni mucho menos, a darles facilidades.

Inesperadamente embistió al del hongo con la cabeza baja. El individuo recibió el cabezazo en el plexo solar. Su disparo se perdió en el aire y cayó rodando por el barranco, aunque no soltó la pistola.

El pseudo motorista intentó inmediatamente hacer uso de la suya, pero Alex había practicado el deporte toda su vida. Sus

músculos se encontraban en forma, y así, el puñetazo que le envió encontró su destino, y su rival dio dos traspiés, permaneciendo apoyado de espaldas en el coche con los brazos abiertos y medio atontado por el golpe.

Él mecánico cerraba en aquel momento el «capot» del coche. El compañero suyo que había rodado por la pendiente había conseguido asirse a unas ramas de salvia aromática, aproximadamente hacia el centro de la cuesta, y lanzó un grito de aviso, mientras subía de nuevo al lugar de la refriega.

Su grito previno al mecánico, que, al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, sacó una pistola del bolsillo del «mono». Harper no le dio tiempo a utilizarla. Salió a su encuentro, chocando contra él en la parte trasera del vehículo. Ambos se tambalearon a consecuencia del choque, pero Fue Alex quién se repuso con mayor rapidez, y, dejándose caer al suelo, asió al mecánico por ambos tobillos, tirando con fuerza hacia él.

El hombre dio con sus espaldas en tierra, casi debajo del coche, y Harper se arrastró a su lado con un ansia homicida en los ojos. Ignoraba los propósitos de aquellos hombres, que parecían saber quién era él; pero adivinaba, en cambio, que tendría que matar si quería salir vivo de aquella encerrona, tal y como se habían puesto las cosas.

Con este propósito, intentó apoderarse del arma, que sostenía el mecánico, firmemente empuñada en su mano derecha. Los segundos adquirirían un valor extraordinario, porque en cualquiera de ellos, uno de los otros dos podía incorporarse de nuevo a la lucha. Los dos hombres forcejearon ruidosamente durante breves segundos, hasta que, por fin, el arma pasó a manos de Alex, mediante el contundente procedimiento de aplicar un terrible puñetazo en el rostro del mecánico, seguido de un bestial taconazo a su vientre. El motorista se sumó en aquel instante a la pelea, mientras, desde el borde del barranco llegaba hasta ellos el agitado resuello del otro malhechor.

Harper no vaciló un segundo. Volviéndose con rapidez, descargó el arma que tenía en la mano contra el motorista, que se llevó ambas manos al vientre, tambaleándose antes de caer de bruces al suelo. Luego, Harper Fue a disparar de nuevo, esta vez contra el gigantesco individuo del sombrero hongo, que acababa de aparecer

en el borde del barranco, pero el mecánico, que estaba en el suelo, saltó hacia él como impulsado por un resorte, y Harper se vio obligado a volverse en redondo para defenderse de aquel enemigo a quien creía haber dejado fuera de combate.

Apenas lo hubo hecho, el recién llegado apretó el gatillo por tres veces. Alex Harper dejó incompleta la media vuelta que había iniciado para enfrentarse con el mecánico. Se llevó la mano izquierda al corazón y cayó al suelo de lado, lanzando un quejido lastimero y prolongado, que terminó al fin con un violento espasmo. Luego quedó inmóvil; la mano que empuñaba la pistola, con los dedos engarfiados sobre la culata, se distendió y éstos soltaron el arma.

El mecánico se limpió el sudor que perlaba su frente y exclamó, con voz ronca:

—¡Maldita sea, Weining! A poco consigue escapar...

El hombre del hongo conservaba toda la serenidad. Su alteración no era debida a nerviosismo alguno, sino, sencillamente, al esfuerzo que había realizado al subir la pendiente del barranco con rapidez. Se guardó la pistola homicida en un bolsillo de la chaqueta y comenzó a actuar.

—Blevins —ordenó—: mete a Fickard dentro del coche, tiéndelo en el asiento y mira a ver qué puede hacerse por él.

Mientras el llamado Blevins ejecutaba estas órdenes, Weining se arrodilló junto al cadáver de Harper, volviéndolo boca arriba, sin el menor miramiento. La pechera estaba empapada en sangre, que manaba aún de la herida que Harper había recibido en el costado izquierdo. Weining comenzó a registrarle, pero el rumor de un motor que se acercaba le hizo desistir de sus propósitos.

Rápidamente se echó al hombro el cadáver de Harper, procurando no manchar su elegante terno color marrón y, sin esfuerzo aparente, lo llevó hasta el «Buick» del muchacho, colocándolo en el asiento anterior, detrás del volante, en la misma posición que Harper tenía minutos antes, cuando aún se encontraba lleno de vida y juventud.

Ya era tiempo. El automóvil que se acercaba, llegó a la altura de ambos coches, pasando de largo junto a ellos.

Weining reanudó la interrumpida faena de registrar a Harper, sacando del bolsillo interior de la americana la documentación del

joven. Luego puso en marcha el motor, avanzando unas yardas, maniobró hasta enfrentar el coche con el barranco y pisó el acelerador.

El «Buick» saltó hacia adelante, pasando sobre el bordillo de la carretera, y se precipitó hacia el barranco, al mismo tiempo que Weining saltaba de él.

El vehículo quedó suspendido en el aire por una fracción de segundo. Luego hundió el morro en el barranco y descendió vertiginosamente por la empinada pendiente, dando tumbos y arrastrando en su caída numerosas piedras, que rebotaban siniestramente a su lado, en una competencia de velocidad, hasta quedar, al fin, parcialmente hundido en el lecho de guijarros del río Charles.

Weining le vio estrellarse contra el fondo de la corriente, con una sonrisa reflejada en sus labios. Encaminándose hacia el otro coche, asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Cómo está Fickard? —preguntó a Blevins.

—No tiene nada grave, me parece —repuso éste—. Ninguno de los dos balazos que tiene encima le matará.

—Siéntate a su lado. Vamos a regresar a Boston y no me interesa que algún policía meta las narices en el coche.

Mientras Blevins hacia esto, Weining se dirigió a la parte posterior del coche, donde había estado tendido el cadáver de Alex Harper, y revolvió el suelo con el pie, en un intento de borrar las huellas de sangre dejadas por ambos heridos en el lugar donde se había desarrollado la lucha. Luego se encaminó al lugar donde Fickard había dejado la motocicleta y la empujó hasta un grupo de rocas situado a doscientas yardas de la carretera, dejándola escondida entre ellas.

Cuando regresó junto al coche, miró a su alrededor y se sintió bastante satisfecho de su obra. En el asiento posterior del coche, Fickard parecía dormir, recostado en el hombro de Blevins, que fumaba tranquilamente un cigarrillo.

—Échale la gabardina por los hombros —dijo Weining—. Procura que no se le vea el uniforme.

Se sentó al volante, pisó el acelerador y el coche comenzó a ganar velocidad, camino de Boston.



Niño:

Ahora estás a tiempo de coleccionar
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡MAGNIFICOS Y VALIOSOS REGALOS!

II

EL MONSTRUO HERIDO



NCABEZADA por el acorazado «Atlanta», una buena parte de la flota del norte del Atlántico estaba fondeada en el puerto exterior de Boston.

A su izquierda, el Bajo Boston, arrancado en, su mayor parte al mar, mostraba sus calles largas y cortadas en ángulos rectos, mientras que a la derecha se alzaba la isla de Castle, con el Fuerte de la Independencia en lo más alto de su cima.

La enorme mole del «Atlanta», con sus cuarenta mil toneladas de desplazamiento, se recostaba al sol de la tarde, que parecía rebotar sobre el pulido acero de sus poderosos cañones y los grisáceos

blindajes de sus torres.

Sentados sobre cubierta, bajo un toldo que les libraba de los rayos del sol, dejándole en cambio gozar de las brisas del mar, algunos oficiales charlaban, cómodamente instalados sobre extensibles sillas de lona, situadas alrededor de una mesita baja, sobre la cual se veían un par de botellas, y algunas copas.

—Llevamos ya seis días en Boston —dijo uno de los oficiales, poco, más que un muchacho, de pelo rubio, que tenía la guerrera desabrochada hasta la cintura.

—Según he oído decir, levaremos anclas mañana por la mañana. El nuevo farmacéutico tiene que incorporarse esta tarde —informó otro oficial.

—Pues, por mi parte, opino que es preferible estar aquí que en alta mar —dijo un tercero—. Al menos bajamos a tierra casi todos los días, yo tenía un alto concepto de la belleza de las bostonianas —agregó, después de sorber un trago de la copa que sostenía en sus manos—, pero he podido comprobar que me había quedado corto... ¡Santo Cielo, qué mujeres!

—Supongo que estarás haciendo acopio de fotografías para contemplarlas luego en alta mar a la luz de la luna —dijo otro de los reunidos.

Su observación levantó una tempestad de alegres carcajadas, que fueron interrumpidas por el ronroneo del motor de una gasolinera, procedente del puerto. Todos ellos volvieron los rostros en la dirección en que sonaba el ruido, pero la motora debía de estar ya muy cerca de la nave, porque no pudieron verla. En cambio, presenciaron el paso, a lo lejos, del «*ferry boat*» que une la barriada de Highland con Boston del Este, a través del brazo de mar de media milla de anchura que constituye la entrada a la desembocadura conjunta de los ríos Charles y Mistyc.

El ruido del motor de la gasolinera dejó de oírse y una escala de madera, con el pasamanos de maroma, se abatió sobre la embarcación, que se había detenido al costado del «Atlanta».

Un hombre ascendió por ella hasta cubierta, donde fue recibido por el oficial de guardia, mientras los marinos que le rodeaban saludaban militarmente al recién llegado.

—Soy el nuevo farmacéutico del «Atlanta» —dijo éste, estrechando la mano del oficial—. Mi nombre es Alex Harper.

Quisiera presentarme al capitán.

—Yo mismo le acompañaré.

El capitán de la nave estaba en su camarote, repasando algunos documentos.

—Pase —ordenó, cuando el oficial llamó a la puerta con los nudillos.

Los dos hombres entraron. El oficial presentó al falso Alex Harper al capitán y salió del camarote.

El comodoro Favianson era un hombre de mediana estatura, pero muy fornido. Algunas canas prematuras blanqueaban sus sienes, aunque no era viejo, ni mucho menos, según lo demostraba la soltura de sus movimientos.

El camarote de Favianson era de regulares proporciones y estaba amueblado con la austeridad que correspondía a un despacho de a bordo, donde la comodidad se ha sacrificado en beneficio de la utilidad. Todos los muebles estaban atornillados al suelo, para impedir que pudieran herir a alguien, al desplazarse de sus ubicaciones en caso de tempestad. El capitán del «Atlanta» se sentaba en un sillón giratorio, al otro lado de una pequeña mesa.

—¿Un cigarrillo? —ofreció a Harper, y cuando ambos encendieron prosiguió—: Mañana, al amanecer, levaremos anclas. En realidad, sólo estábamos esperando su llegada para hacerlo.

Harper sonrió a través del humo.

—Tengo una orden para usted —siguió Favianson—. Debe ir esta misma tarde al Almacén General de Farmacia, a fin de recoger algunos medicamentos.

—Ya me informaron de ello en la Comandancia de Marina —aseguró Harper—. ¿Cuándo debo ir?

—Lo antes posible. Hable con el oficial de guardia. El pondrá a su disposición los medios para que pueda trasladarse al puerto —repuso el capitán, levantándose de su asiento—. Bien venido, Harper —le deseó, tendiendo de nuevo la mano al farmacéutico, que éste estrechó con calor—. Espero que se encuentre bien entre nosotros.

—Yo también lo deseo, mi capitán.

Harper salió del camarote. Favianson volvió a echar una nueva mirada a la orden de destino y presentación y, convencido de que todo estaba en orden, guardó ambos documentos en uno de los

cajones de la mesa.

Mientras tanto, Alex Harper era presentado por el oficial de guardia a algunos de los oficiales del acorazado. Luego le invitó a recorrer la nave.

—Esto es muy diferente a todos los lugares donde dices que has estado hasta ahora —le dijo—. Ten en cuenta que formamos un verdadero pueblo. Somos mil seiscientos hombres de tripulación y puedo asegurarte que los hay de todas las edades y manías.

Harper rehusó la invitación, dándole cuenta de la misión que debía cumplir sin demora, en vista de lo cual su acompañante no insistió y puso a su disposición una canoa a motor, nombrando, además, a cuatro marineros para que le ayudasen a transportar los medicamentos a bordo del «Atlanta».

Unos minutos después, la canoa se despagaba del costado del acorazado en demanda del puerto. El sol comenzaba a hundirse en el ocaso y los oficiales, reunidos sobre cubierta, ordenaron a los marinos plegar el toldo que hasta aquel momento les había defendido de sus rayos. Los hombres francos de servicio, a quienes se les había concedido permiso, comenzaron a llenar las enormes barcasas provistas de motores de aceite pesado que los había de conducir a tierra.

Era una multitud de alegres muchachos, que no tardaría en invadir las calles y establecimientos de la ciudad con su alegre y simpática desenvoltura, para dejarse en ellos, con generosa liberalidad, los dólares acumulados durante las largas travesías transoceánicas.

La canoa a motor en que Harper y los cuatro marinos que le habían acompañado regresaban al «Atlanta», llevando los medicamentos que habían ido a buscar, se cruzó en el camino con las barcasas, siendo saludados por potentes y alegres hurras.

Al fin llegó de nuevo junto al costado del buque, y unos minutos después, las seis cajas de madera, que contenían la provisión de medicamentos con que reponer la farmacia del acorazado, eran izadas a bordo.

El «Atlanta» dormía, mecido por las suaves olas. Rodeando su soberbia mole, como si fuesen polluelos alrededor de la madre, el resto de las unidades de la flota dormía también. Eran, en total, dos cruceros, cuatro destructores y varias unidades menores, tales como

dragaminas, torpederos y embarcaciones de otros tipos.

El silencio era casi absoluto alrededor de las embarcaciones. Ni el más leve ruido llegaba de la ciudad en calma. Hacía ya mucho rato que los marinos habían llegado de ella, ahitos de diversiones y de licores comprados a buen precio, y ahora reposaban sobre sus literas, confiados en el abrigo del puerto y en el ojo avizor de los centinelas, que, cada media hora, se transmitían sus voces de alerta.

Las cubiertas estaban apenas iluminadas por las luces más imprescindibles para señalar la situación de cada barco.

Las horas fueron pasando lentamente. Al impulso de ellas, la luna comenzó a descender, y en el momento en que llegaba a la horizontal por un lado, la luz comenzaba a romper las tinieblas por el opuesto, segando la cosecha de estrellas que había florecido en el cielo.

A bordo no se oía otro ruido que las voces de los centinelas y sus pasos sobre cubierta. Dos de ellos se encontraban en la afilada proa de la nave, vuelta hacia el puerto, exactamente cada tres minutos.

Acababan de hacerlo por última vez, cuando una sombra se destacó de las otras, más espesas, que formaba una torreta armada con cuatro cañones de dieciocho pulgadas y, sin vacilar un segundo, se deslizó hacia el punto en que los centinelas acababan de encontrarse.

El hombre debía de saber muy bien que contaba con tres minutos de tiempo, pues obraba rápidamente, sin vacilaciones, pero también sin apresuramientos inútiles.

Su mano se deslizó por la barandilla de la borda, como si buscara algo, hasta que, al fin, sus dedos tropezaron con el nudo de la cuerda que él mismo había atado allí pocas horas antes, mientras fingía contemplar el mar en calma, fumando pensativamente un cigarrillo.

La luz no tardaría en llegar; pero, mientras tanto, su figura era apenas visible, entre otras razones, porque no vestía el blanco uniforme de la Marina, sino tan sólo un bañador negro, que no destacaba en la oscuridad.

En cuanto encontró el nudo de la cuerda, pasó ambas piernas sobre la barandilla y, agachándose, se asió fuertemente a la cuerda que colgaba hasta el agua salobre de la bahía, descolgándose por ella hasta el mar.

No pudo contener un ligero estremecimiento al hundirse su cuerpo en la frialdad del agua. Encima de él, los pasos rítmicos de los centinelas resonaron de nuevo. El individuo permaneció inmóvil, con el agua hasta el cuello, pegado al costado de acero del monstruo del mar, aferrado a la cuerda. Los dos centinelas, bien ajenos a su presencia allí, cambiaron unas breves palabras sobre cubierta:

—Son ya las cuatro, Bill. No tardarán en relevarnos.

—Por mi parte lo estoy deseando. Tengo un sueño...

—Se conoce que bebiste más de la cuenta en la ciudad.

Eran palabras huecas para el hombre que esperaba la ocasión propicia para alejarse a nado del acorazado. La vacua conversación de ambos centinelas, que parecía que no iba a terminarse nunca, le estaba poniendo los nervios en tensión y estaban a punto de estallar cuando aquéllos se separaron de nuevo para continuar su ronda.

Por el Este comenzaba a difuminarse una leve claridad, anunciadora del nuevo día, y el hombre no perdió más tiempo. Zambullóse bajo el agua y nadó, sin ser visto, hasta que sus pulmones no pudieron resistir más. Entonces sacó la cabeza del agua, aspiró el aire con fruición y siguió alejándose hacia el puerto a grandes brazadas.

En el mismo momento en que él se despegaba del costado del «Atlanta», un lujoso automóvil descendía por la calle B, deteniéndose a la salida de la misma, justamente en el lugar en que comenzaba la zona del puerto.

En su interior se percibían las sombras confusas de dos hombres sentados en la parte anterior del coche. Uno de ellos miró al reloj de fosforescente esfera.

—Las cuatro, Weining —dijo—. Lagle debe estar a punto, de saltar del acorazado. ¡Rayos!... Se necesita tener valor... Yo estaría allí como si me encontrase sobre una parrilla puesta al fuego.

Weining no replicó al comentario. Abrió la portezuela del coche y se apeó de él; advirtiéndolo al otro antes de cerrarla de nuevo:

—No te muevas de aquí hasta que lleguemos.

Blevins le vio alejarse hacia el elevador de grano, cuya torre se columbraba contra el cielo a un cuarto de milla de distancia. Weining se había subido el cuello del gabán y marchaba con rapidez, sin dejar de observar a su alrededor.

El puerto estaba solitario. Nadie le dirigió palabra mientras recorría la parte más cercana a la calle B, donde había dejado el coche.

El resplandor de una luz hirió de pronto sus ojos. Weining se detuvo y miró ante él. La luz procedía de una pequeña caseta de madera, situada junto al elevador de grano y, sin dudar un momento, se encaminó hacia ella.

El muelle estaba ahora libre de barcos. Tan sólo algunas lanchas se balanceaban en el agua chocando suavemente contra la pared del malecón.

Un hombre se asomó a la ventana, interceptando la salida de la luz, y preguntó, con voz ronca:

—¡Eh, oiga! ¿Dónde va usted?

Weining no dejó de avanzar. Su mano derecha empuñó fuertemente el cañón del arma que llevaba en el bolsillo del abrigo.

El guarda se irritó ante su silencio y salió de la caseta. Esto era precisamente lo que esperaba Weining, que llegó a su lado, sonriendo.

—¿Me da usted lumbre, por favor? —pidió.

—Supongo que no habrá venido aquí para eso —repuso el guarda.

—Pues así ha sido, aunque no lo crea. Tengo el coche ahí cerca. Vi la luz y por eso vine.

Tenía un cigarro en la mano izquierda. El guarda se sintió satisfecho con aquella explicación, aunque aún rezongaba mientras se desabrochaba el capote para complacer a Weining.

Éste aprovechó el momento, y sacó velozmente la mano del bolsillo del abrigo, asiendo la pistola por el cañón. El guarda percibió el vago reflejo de la luz, al chocar contra algo negro que subía hacia su mandíbula con rapidez vertiginosa. Luego, aquel cuerpo se estrelló contra la barbilla, rechazándole la cabeza hacia atrás y sus rodillas se doblaron a la vez que dejaba de ver la luz.

Weining le ayudó a caer, mediante el sencillo expediente de propinarle un segundo golpe, esta vez en la cabeza, y en seguida contemplaba la masa inmóvil del guarda del puerto, tendido a sus pies.

—Listo —murmuró.

Agarró al hombre por debajo de los brazos y lo arrastró debajo

del elevador, dejándole allí tendido. Luego avanzó hacia el borde del muelle, silbando tenuemente una canción.

—Weining..., Weining —llamó alguien desde el agua.

Aquél se tumbó de bruces en el suelo y tendió los brazos hacia abajo. Unos segundos después, un hombre, chorreando agua, estaba a su lado, y Weining se despojó del abrigo, que echó sobre los hombros del otro.

—¿Está ahí el coche? —preguntó éste, tiritando de frío.

—Sí. Vamos. No hay tiempo que perder.

Los dos hombres se alejaron de nuevo hacia el coche, estacionado en la calle B.

Blevins abrió la puerta al verlos llegar y ambos se metieron en él, dejándose caer en el asiento posterior del vehículo.

—¿Tienes un trago, Weining? —preguntó Lagle—. Estoy como si me hubieran conservado en hielo.

Weining buscó en el bolso de la tapicería del automóvil, extrayendo de él un frasco aplastado, que el otro se llevó a los labios, bebiendo con avidez. En seguida lanzó un resoplido y se secó los labios con el dorso de la mano.

—¡Qué fuerte es! —comentó.

El coche se había puesto en marcha, ascendiendo por la calle B, hasta desembocar en la Dorchester Avenue.

—¿Salió todo bien? —preguntó Weining, volviéndose ligeramente hacia su acompañante.

—Perfectamente. No tardarás en comprobarlo. —¿Crees que se oirá desde allí?

—Seguro. No quedará un cristal sano en Boston. ¿Y tú? ¿Encontraste dificultades?

—Ninguna —aseguró Weining—. Le pedí lumbre al guarda, y cuando quiso darse cuenta, estaba viendo las estrellas del cielo. Le arrastré debajo del elevador. Allí debe estar ahora, recobrando poco a poco el escaso sentido que debe tener.

Weining sonrió brutalmente, mostrando sus dientes, postizos con la mayor seguridad.

El coche torció por Hancoch Street y se perdió en el laberinto de calles de Dorchester y England, los dos barrios más antiguos de Boston.

Mientras tanto, a bordo del «Atlanta», el paso de los minutos

pareció infundir de nuevo vida a la nave. La patrulla que relevó a los centinelas pasó sobre cubierta, resonando rítmicamente sus pisadas, y una vez que estuvieron relevados todos, la nave volvió a quedar en silencio.

Los hombres que componían la dotación dormían en su seno tranquilamente, bien ajenos a la tragedia que no tardaría en desarrollarse.

Sólo los maquinistas estaban en actividad, cargando de aceite pesado la potente maquinaria, con objeto de obtener la suficiente presión para hacerse a la mar, en cuanto el jefe de la escuadrilla lo ordenase.

Sus torsos desnudos brillaban al reverbero de las luces que pendían de la bóveda de la sala de máquinas.

Era el cuadro de todos los días. Una escena de trabajo y potencia, que esta vez tenía por fondo el manto siniestro de la muerte, agazapada en las entrañas de la nave.

De pronto, una horrrisona explosión conmovió los ámbitos. Aún no se había extinguido su eco, cuando una nueva explosión, más fuerte y terrible que la anterior, hizo saltar de sus lechos a todos los habitantes de Boston, presos del mayor terror. La mayoría de los cristales de la ciudad saltaron hechos añicos, sobre todo en la parte más cercana al puerto, y las escasas personas que transitaban por sus calles, corrieron presurosos hacia él, para indagar el motivo de aquellas siniestras explosiones.

El «Atlanta» voló como si estuviese construido con papel. Sus costados reventaron violentamente, incapaces de contener la enorme masa de gases producidos por las dos explosiones. Dos conos de cárdenos reflejos se dibujaron con un brillo siniestro en la media luz del amanecer, siendo seguidos inmediatamente por una ancha y espesa nube de humo negro que subía hacia el cielo, conteniendo en su seno pedazos de hierro y de madera, restos de cañones y miembros humanos, horrorosamente mutilados.

El acorazado se partió por la mitad y comenzó a hundirse, desarrollándose a bordo una escena dantesca.

Los miembros de la tripulación que habían conseguido escapar con vida de las explosiones, se tiraron de sus lechos, si no habían sido arrojados de ellos, y se lanzaron enloquecidos a cubierta, atravesando entre montones de cadáveres y hierros humeantes y

retorcidos, en medio de una nube de humo negro que se metía en sus pulmones impidiéndoles respirar, atropellándose unos a otros en sus ansias de llegar los primeros, sin respetar a los heridos, que se arrastraban por el suelo dando alaridos de dolor.

Los oficiales se vieron obligados más de una vez a hacer uso de sus pistolas de reglamento para contener y encauzar aquella masa de hombres enloquecidos, que se disputaban las estrechas escaleras de las escotillas, en un intento desesperado por librarse de la amenaza de las aguas, que ascendían lentamente en las entrañas del monstruo herido.

El resto de las unidades de la flota se apresuró a acudir en socorro del buque siniestrado, al mismo tiempo que cientos de embarcaciones de todos los tipos y tamaños se despegaban del puerto con el mismo fin.

En unos minutos, los alrededores del maltrecho acorazado se encontraron plagados de embarcaciones, que recogían a los supervivientes que se lanzaban por la borda del acorazado, impulsados por el pánico.

Las explosiones no volvieron a repetirse, y ello, unido a la energía del capitán Favianson y de sus oficiales, logró imponer cierto orden en aquel caos, y los heridos y cuánto de valor pudo salvarse, comenzaron a pasar a bordo de los otros navíos de la flota, así como a otras embarcaciones, que inmediatamente los trasladaban al puerto, donde afluían numerosas ambulancias y coches particulares, procedentes de todos los puntos de la ciudad, que se sentía hermanada, unida como nunca, ante la inmensidad de aquella catástrofe, desarrollada en su hermoso puerto.

Las sirenas de todas las fábricas mugían desesperadamente, y una multitud de gente corría hacia el puerto, donde la Policía, movilizada a toda prisa, en unión de algunas unidades de soldados que habían llegado en camiones, trataba de establecer un cordón y de encauzar la circulación, permitiendo el acceso al puerto tan sólo a los dueños de coches que se ofrecían a transportar heridos a los hospitales, así como a las ambulancias y botiquines de urgencia.

De pronto, el «Atlanta», que hasta entonces luchaba por mantenerse a flote, comenzó a escorar rápidamente a estribor, en el mismo instante en que el capitán Favianson era bajado a una lancha a motor. Las embarcaciones que aún permanecían al lado del buque

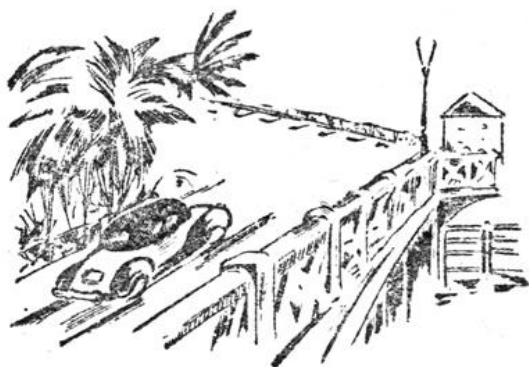
se apresuraron a apartarse de él, para evitar el ser absorbidas por la succión del agua que no tardaría en producirse en el punto donde se hundiese el acorazado.

Éste comenzó a desaparecer poco a poco en las profundidades del mar, seguido por las miradas de millares de ojos empañados por las lágrimas, que le contemplaban en silencio. El capitán. Favianson, en pie sobre la lancha y sostenido por dos marinos del crucero «Astoria», contemplaba, llorando como un niño, el hundimiento del acorazado.

Pocos segundos después, la bandera estrellada de la Unión se hundía bajo las aguas. Era la última señal del acorazado. Una vez calmado el oleaje producido por la inmersión del hasta pocos minutos antes altivo acorazado, orgullo de la flota de los Estados Unidos, no quedaban más señales de la existencia de éste que algunos restos flotando sobre la superficie del agua, en la cual comenzaban a aparecer también algunas manchas de sangre, procedentes de las heridas de los hombres que se habían hundido con el «Atlanta».

Los miles y miles de personas que se agolpaban en las calles vecinas al puerto veían pasar, con el ceño fruncido, innumerables ambulancias y coches particulares, que transportaban a los hospitales y clínicas a los centenares de heridos.

En el ánimo de todos estaba supense la misma pregunta: ¿Habría sido un accidente o se trataría de un nuevo acto de sabotaje, igual que los anteriores?



PADRES:

¡NO PENSADLO MAS!
¿El mejor REGALO para su hijo?

EXTRAORDINARIO

de

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡EMOCION! ¡RISA! ¡CULTURA! ¡ARTE!
¡COLOR! ¡CALIDAD!

¡32 páginas maravillosas sólo por 4 ptas.!

III

INVESTIGANDO



L

F. B. I., representado por la División de Massachusetts se hizo cargo inmediatamente de aquel espinoso asunto, en estrecha colaboración con las autoridades de Marina.

Aquella misma tarde, el inspector Crethers, jefe de la División, acompañado por dos de sus agentes, sostuvo una importante conferencia con el Jefe de la División Naval, almirante Cunningham que asistió a ella rodeado de algunos oficiales a los cuales había encargado una investigación.

El almirante no había llegado aún. Crethers lanzó una mirada sobre las ediciones extraordinarias de los periódicos que aparecían sobre la mesa del despacho del almirante, y los volvió a dejar con una mueca de disgusto.

—Nos vapulean de lo lindo —comentó, dirigiéndose a uno de los agentes que le acompañaban.

Era un hombre de rostro cordial, que podía mostrar una sonrisa tan ancha y acogedora como su cara, aunque en aquel momento estaba a cien millas de dibujarse en ella algo que tuviese el más leve parecido con una sonrisa.

Durante todo el día había estado investigando sin cesar, al igual que los agentes a sus órdenes, yendo de un lado para otro. También había tomado, en unión del jefe de la Policía local, ciertas medidas urgentes relacionadas con la pérdida del «Atlanta», de forma que no había tenido tiempo ni humor para ojear la Prensa.

La hora en que había ocurrido el suceso impidió que alcanzase la edición matutina de los periódicos, pero éstos habían lanzado una edición extraordinaria a mediodía, con el relato de lo sucedido, recogido a través de los supervivientes antes de que se les diese la orden absoluta y tajante de no decir ni media palabra a los periodistas.

Realmente, nadie estaba en condiciones de hablar con suficientes elementos de juicio, porque todos desconocían el motivo de la explosión; pero ello no fue obstáculo para que hasta el último número de aquellas ediciones extraordinarias fuese arrebatado de manos de los vendedores, por un público deseoso de ver estereotipadas en la Prensa sus propias conjeturas.

La Prensa, como decía muy bien Crethers, arremetía con los servicios policíacos de toda índole de una manera despiadada, calificándolos de ineptos, corrompidos y algunas cosas más, que se clavaron como dardos en el alma de los agentes especiales del F. B. I.

Casi todos los periódicos estaban de acuerdo en que se trataba de otro caso de sabotaje, llevado a cabo, acaso, por la misma mano que los anteriormente realizados en otros puntos de la nación, por unos hombres audaces cuya identidad permanecía en el mayor misterio, pero que estaban demostrando poseer unos cerebros superiores a los de la Policía, a juzgar por su forma de evadirla.

El «Diario de Boston» recordaba a sus doscientos cincuenta mil lectores los actos de sabotaje realizados en el transcurso de los tres últimos meses, en una relación verídica y precisa, que levantó ronchas en el amor propio de Crethers en Boston y de otros jefes del F. B. I.,

en la Central de Washington, cuando se supo la noticia en la capital.

Eran doce, en total, realizados todos contra las fuerzas armadas de la nación, que había costado a éstas una fábrica de aviones, dos polvorines, un centro de experimentación de submarinos y numerosos aviones de costosa fabricación, amén de algunas unidades de la flota, no menos costosas, entre las cuales destacaban, por su importancia, un acorazado y un portaaviones, sin contar la pérdida de vidas humanas.

Aquella relación puso en ascuas a la opinión pública, que se veía ya rodeada de traidores y enemigos por todas partes, en aquellos momentos en que las noticias de la Prensa respecto a los sucesos de Europa y a las posibilidades de una guerra contra las potencias del Eje, no dejaban el menor resquicio a la esperanza.

Crethers, con el rostro ceñudo, Fue a sentarse junto a Denis Houston, uno de los más calificados agentes de la División, que no estaba más alegre que su jefe.

—Denis —dijo—: ahora nos ha tocado a nosotros. Tenemos que trabajar de firme. A ver si somos más afortunados que nuestros compañeros.

—Suponiendo que nuestro Estado Mayor no se haga cargo del asunto —repuso parsimoniosamente Denis Houston—, son ya demasiados golpes para que el tío John [1] no se decida a intervenir.

—Dios no lo quiera. Deben darnos una oportunidad. Supongo que esos canallas tienen que resbalar alguna vez, y bien puede ser ahora.

La entrada en el despacho del almirante Cunnington cortó la respuesta de Denis.

El marino saludó a los reunidos, les invitó a entrar en su despacho y, una vez allí, se Fue derecho al grano, después de ojear los papales que llevaba en la mano.

—Señores —dijo—: voy a leerles un resumen de las declaraciones de los testigos y supervivientes de la catástrofe de esta mañana, así como el informe pericial de los buzos que han

conseguido llegar al casco del buque.

Todos los presentes se adelantaron hacia él, incapaces de permanecer sentados. Denis pensó en lo que hubiera sido capaz de dar cualquier periodista por encontrarse presente en la reunión.

Pero a medida que el almirante iba hablando, su rostro y el de Crethers se tomaban más ceñudos, porque no estaban escuchando nada que no supieran en virtud de sus pesquisas. Lo único interesante que dijo fue que la primera explosión había provocado a su vez la de la santabárbara del «Atlanta».

—Ahora bien —terminó diciendo—: ¿se trata de un accidente o de un acto de sabotaje?

—De un sabotaje —repuso Crethers impaciente, sin el menor titubeo.

Una docena de rostros se volvieron hacia él, mirándole entre expectantes, irritados y sorprendidos.

—¿Cómo puede afirmar eso tan rotundamente? —preguntó el almirante, con cierta sequedad.

Crethers no se dejó impresionar. Estaba acostumbrado a escenas como aquélla.

—Se lo diré después. Le ruego que continúe —dijo.

—Poco hay que añadir —agregó el almirante, sintiendo que después de lo dicho por el inspector del

F. B. I.,

todo lo que él dijese no tenía la importancia que antes—. Los buzos no han encontrado nada de particular en la parte del acorazado no dañada por la explosión. Tan sólo... bien, no creo que tenga importancia —y al observar que los cuellos de los presentes se estiraba hacia él, prosiguió—. En la parte de la proa había anudado una cuerda a la barandilla... ¿Qué opina de ello, inspector?

—Como resultado de las Investigaciones que hemos hecho, creo que ése fue el medio de que se valió para salir del «Atlanta» el hombre que provocó la explosión del buque —dijo Crethers.

—¿Qué le hace suponerlo así?

—Denis, tú tienes la palabra.

Houston comenzó a hablar.

—Fui uno de los primeros en llegar al puerto —dijo—; me llamó el inspector Laughlin, de la policía local —el aludido asintió—. Descubrimos al guarda del puerto casi sin sentido, debajo de

elevador de grano. Declaró que, aproximadamente diez minutos antes de la explosión, un hombre se acercó a pedirle lumbré y le golpeó antes de que tuviera tiempo de adivinar sus intenciones. Ante la ansiedad de cuantos le rodeaban, prosiguió:

—Hay un turno de obreros del muelle que entra a trabajar a las cinco de la mañana. Dos de ellos que llegaron con anticipación al trabajo, vieron un coche gris estacionado a la salida de la calle B, con las luces apagadas. No pararon mientes en él, ni mucho menos se fijaron en la matrícula, pero les pareció un «Packard».

Crethers lanzó un suspiro, al considerar le cerca que habían estado de conseguir un hilo por donde seguir aquel espinoso asunto.

—Eso nos hace suponer —dijo, tomando la palabra— que ese coche esperaba al hombre que puso los explosivos en el «Atlanta», Está claro que sus ocupantes le dejaron el camino libre, poniendo al guarda fuera de combate.

—Todo eso suena muy convincente, inspector, pero ¿puede decirme cómo se las arregló ese hombre para llevar los explosivos al acorazado? —preguntó el almirante—. El «Atlanta» no era precisamente una lancha cañonera. Se precisan muchas libras de trilita para hacer que el polvorín de un acorazado explote por simpatía.

—Eso es lo que tengo que averiguar —repuso Crethers—, y le aseguro que en cuanto lo haya conseguido, tendré andada la mitad del camino. Por ahora me inclino a creer que Fue algún hombre de la tripulación. Nadie más pudo haberlo hecho sin despertar sospechas. Nadie más que un hombre que pudiera moverse por el acorazado con entera libertad, pudo disponer los explosivos cerca del polvorín, ni atar una cuerda a la barandilla. Un extraño no podría haber permanecido tanto tiempo en el buque sin despertar sospechas.

Cunnington acabó por convencerse de que Crethers tenía razón.

—Pero no crean ustedes que por esto va a ser fácil descubrirlo —continuó Crethers, echando un jarro de agua fría sobre las esperanzas de sus oyentes—. El autor de la faena tiene que estar, forzosamente, entre los supervivientes, no porque haya muerto, sino porque sabemos, casi con certeza, que huyó antes de producirse la explosión.

El asunto parecía estar donde lo habían empezado. ¿Qué

importaba que supieran que se trataba de un acto de sabotaje, la manera como se llevó a la práctica y todo lo demás, si ignoraban quién era el autor del cobarde atentado y carecían, en absoluto, de pistas por dónde empezar a trabajar?

—¿Cuántos hombres han desaparecido en la catástrofe? —preguntó Denis.

—Cuatrocientos cincuenta, aproximadamente —repuso el almirante—. Están distribuidos por todos los hospitales de la ciudad y aún no tengo datos completos.

Los puños de Crethers se cerraron con tal fuerza, que le blanquearon los nudillos.

—Y eso en estos momentos —comentó—, es lo único para desmoralizar a la población.

—¿Han tomado alguna medida?

—Están vigilados los aeródromos, las carreteras y las estaciones del ferrocarril. Hay, además, patrullas volantes de caballería yendo y viniendo a través del campo que se extiende entre los caminos y carreteras. Si los autores del atentado están aún en Boston, les va a ser difícil salir de la ciudad. Hemos telefoneado también a los *sheriffs*, de los pueblos de los alrededores para que controlen los alquileres de los coches en ellos.

El almirante le miró con escepticismo.

—No podemos hacer otra cosa por el momento —continuó Crethers—. Ahora mismo nos pondremos a trabajar. Tenemos nuestros métodos y espero poder comunicarle nuevas noticias no tardando mucho.

Denis sabía que su jefe hablaba sin convicción, pero no replicó. Crethers era un hombre esencialmente de acción. Todo lo que significase trabajar encerrados entre las cuatro paredes de un despacho le ponía nervioso. A veces habría dado la mitad de su vida por poderse desdoblar en dos, para estar al mismo tiempo en más de un sitio.

Crethers y él, acompañados por Laughlin y Bart Martín, salieron del despacho, penetrando en el automóvil que les esperaba a la puerta de la Comandancia de Marina. Denis empuñó el volante.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Al Hotel Gambrinus. Quiero hablar con el capitán del «Atlanta».

Unos minutos después se encontraban ante Favianson, en un departamento sencillamente amueblado. Crethers se sentó en la cama, frente al marino. Denis y Lauglin permanecieron en pie tras él y comenzó el interrogatorio.

Crethers lanzaba pregunta tras pregunta, sin poder sacar más consecuencia que el capitán, como el resto de la tripulación, dormía cuando sobrevino la explosión.

En cuanto al personal a sus órdenes, tenía absoluta confianza en todos, porque llevaban mucho tiempo con él.

Al llegar aquí se interrumpió:

—¡Espere! —exclamó de pronto—. Hay un hombre del cual no puedo responder. Se trata del farmacéutico del buque. Estaba recién destinado a él y se presentó ayer por la tarde... Pero ¡caramba! Llevaba sus papeles en regla y... No, no... ¿Cómo iba a poder hacerlo?

Antes de que Crethers se volviese hacia él, Denis se había escurrido ya de la estancia, regresando poco después, mientras continuaba el interrogatorio.

—He llamado al almirante —dijo—. El farmacéutico está en la lista de los desaparecidos.

Crethers lanzó un silbido, muy significativo.

—¿Llevaba equipaje cuando subió a bordo? —preguntó a Favianson.

—Supongo que sí: Lo recibió el oficial de guardia.

—¿Permaneció en el acorazado toda la tarde o bajó a tierra?

El capitán se agitó molesto en su lecho.

—¿Cómo puedo saberlo? —dijo—. Bajó mucha gente aquella tarde. Oficiales, marinos, artilleros, maquinistas... —De pronto, Crethers le vió palidecer—. ¡Gran Dios! —exclamó—. Oiga, ¡claro que bajó! Fue a buscar una remesa de medicamentos.

Varios ansiosos rostros se inclinaron hacia él.

—¿Quién le acompañaba?

—Cuatro marineros, pero no sé quiénes eran. Los nombró el oficial de guardia.

Desde aquel momento, Favianson dejó de tener interés para ellos. Era al oficial de guardia a quien necesitaban. Favianson les dijo que era el teniente Donovan, que resultó estar hospitalizado en el hospital de Jamaica, donde había sufrido la amputación de un

muslo. Tuvieron que vencer la obstinada resistencia del cirujano que le había operado, para poder hablar con él, pero al fin lo consiguieron.

Donovan estaba saliendo de los efectos de la anestesia, pero tenía ya la suficiente lucidez para darles los nombres de los marinos que acompañaron al farmacéutico.

Desde el «hall» del hospital, Denis hizo dos llamadas. En el almacén de Farmacia de la Marina le informaron que los medicamentos despachados al «Atlanta» pesaban unos trescientos kilos e iban envasados en seis cajas de madera. El farmacéutico había firmado el recibo y Denis rogó que se lo enviaran al hospital.

Por la otra llamada telefónica se enteró de que sólo uno de los cuatro marinos había sobrevivido a la explosión del «Atlanta» y que se encontraba, precisamente, en aquel hospital.

Crethers frunció el ceño cuando Denis le dio la primera noticia. El agente adivinó que había mantenido la esperanza de que el farmacéutico hubiese llevado al buque el explosivo en lugar de llevar los medicamentos, pero al parecer no había sido así. Al menos los había retirado del almacén.

—Creo que estamos machacando en hierro frío, pero voy a ver a ese marinero —resolvió.

Chas Brady era un fornido mozo, que había perdido tres dedos de la mano derecha en la explosión. Cuando Crethers se presentó, diciéndole quién era y lo que esperaba de él, rechinó los dientes con ira y lanzó una exclamación:

—Sólo quisiera tener delante al que lo hizo —rugió, iracundo—. Le iba a patear el cráneo hasta que mis botas se quedasen pegadas al suelo con sus sesos. ¡Ése...! —Aquí lanzó un insulto imposible de transcribir. Luego lanzó un bufido.

A las preguntas de Crethers replicó que, en efecto, él había acompañado al farmacéutico en busca de los medicamentos.

—¿Ocurrió algo durante el trayecto de regreso?

Chas movió la cabeza negativamente.

—Bueno... —dijo luego—. Como no sea lo del pinchazo...

El camión había pinchado al pasar por la calle Kneeland, cerca del puente de Chanel.

—La cosa no tuvo la menor importancia —agregó Chas—. El conductor tardó poco en poner la rueda de repuesto.

—¿Se apearon ustedes del camión en ese tiempo?

—Sí, señor. El oficial nos dijo que podíamos ir a echar un trago a un bar que hablamos pasado poco antes. A un marino se le presentan pocas ocasiones y la aprovechamos.

—¿Cree usted que pudo ser cambiada alguna caja durante el tiempo en que ustedes estuvieron ausentes?

Chas le miró, sin comprender dónde quería ir a parar.

—Si se refiere usted al tiempo, claro que sí —repuso—. Pero ¿cómo iban a hacerlo estando allí el oficial farmacéutico?

Nadie se molestó en responder a su pregunta y permaneció confuso, rascándose la cabeza por encima de las vendas, cuando los tres hombres salieron atropelladamente de la habitación.

—Vamos a esa calle Kneeland —dijo Crethers—. Aunque a las horas que son...

El dueño del bar recordaba perfectamente a los cuatro marineros. No habían tomado una copa, sino varias, y habían metido bastante ruido: durante los diez minutos que permanecieron en el establecimiento.

También les informó que el camión del cual se habían apeado se detuvo unas cien yardas más adelante de su establecimiento, enfrente, precisamente, de una sastrería, que estaba cerrada en aquel momento.

—Vamos a ir a ver al dueño —decidió el inspector.

—¿No es ya un poco tarde para hacer visitas? —preguntó Lauglin.

—Me tienen sin cuidado las conveniencias sociales, habiendo cuatrocientos muertos de por medio y no voy a detenerme pensando en que un sastre cualquiera puede molestarse porque vayamos a interrogarle a las doce de la noche.

Denis condujo el coche con la mayor destreza por las retorcidas calles de la parte antigua de la ciudad, y pocos minutos después, lo detenía frente al número 15 de la calle Kirkland, a espaldas de la Universidad de Harvard y del edificio del Municipio, en pleno corazón de la barriada de Cambridge.

Miles resultó ser un hombrecillo semi calvo, con grandes bigotes y unas gafas de gruesos cristales, que ocultaban unos ojos pequeños y sin brillo. Estaba en mangas de camisa y los tirantes del pantalón apretaban su hundido pecho de una forma que debía resultar

molesta.

Todos los muebles de la habitación donde se encontraba debían de sobrepasar el medio siglo, y el moderno aparato de radio resultaba allí casi un anacronismo.

El inspector le expuso el motivo de la visita, sin hacer el menor caso de la doble hosquedad del sastre y de su señora, que estaba sentada muy tiesa y estirada junto al aparato de radio, mirándoles con ojos de basilisco. No había que preguntar quién llevaba el mando en aquella casa.

—Un camión de la Marina estuvo parado ante su tienda ayer por la tarde. Serían las seis, aproximadamente. El vehículo permaneció allí mientras el conductor cambiaba una rueda. ¿Lo recuerda?

—Claro que sí —repuso Miles, enfurruñado—. Los cuatro marinos que se apearon de él se metieron en el bar de Hancoch.

—Exacto. ¿Recuerda usted si alguien se acercó al camión mientras estuvo parado?

—Sí —repuso el sastre—. Un hombre que llevaba al hombro un cajón de madera. Por cierto que debía de ser bastante pesado. Lo metió en el camión y sacó otro que se llevó.

La mirada de Crethers expresaba su satisfacción por el triunfo que había conseguido.

—¿Quién estaba con él mientras efectuó el cambio?

—Un oficial de Marina... ¡Oiga! —exclamó Miles, de pronto—, ¿no sería ésta la forma como introdujeron los explosivos en el «Atlanta»? —pregunto—. He leído los periódicos y...

—¡Al diablo los periódicos...! —exclamó, brutalmente, Crethers—. ¿Dónde estaba el conductor?

—Usted mismo acaba de decir que estaba arreglando la rueda —intervino secamente la esposa del sastre, y Crethers se ruborizó ligeramente.

—Era una delantera y estaba muy entretenido —intervino Miles, reconciliado ya ante la notoriedad que iba a adquirir—. Ni siquiera pudo enterarse del cambio. Oiga, inspector, dígame...

Crethers se despidió de él, sin satisfacer su curiosidad. Seguido de Denis y Lauglin llegó a la calle, donde Bart esperaba junto al coche.

—Al parecer hemos hecho un buen trabajo, ¿eh, muchachos? —dijo el inspector—. ¿Qué os parece si os venís a cenar a casa?

Fue mientras iban en el coche, una vez aceptada su invitación, cuando Crethers cayó en algo que se le había pasado por alto.

—Por cierto. Nos olvidamos de preguntar el nombre de ese oficial de Francia. Podríamos llamar a la Comandancia y...

—Yo lo pregunté —repuso Denis—. Se llama Alex Harper y al parecer su familia reside en Marlborough. Pero ¡por Dios, inspector!, no me diga ahora que ponga proa a Marlborough —exclamó, al ver el gesto del infatigable Crethers.

Éste lanzó una corta carcajada y se retrepó en el asiento, satisfecho de los resultados obtenidos aquella noche.



AVENTURAS DEL F. B. I.

JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIO de

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡LO MEJOR DE LO MEJOR

PARA LA JUVENTUD IBEROAMERICANA!

IV

CONFIDENTES



RA ya muy tarde cuando Lauglin, Denis y Bart Martin salieron de casa del inspector Crethers, bastante optimistas a causa de la copiosa cena con que les regaló la esposa de aquél.

El coche esperaba en la puerta, pero Denis Houston no subió a él.

—Lleva a Lauglin a su casa, Bart —dijo a su compañero—. Yo tengo aún algo que hacer.

Bart Martin estaba acostumbrado a que Denis hiciese cosas como aquélla. Y la costumbre le había enseñado que siempre que el

agente comenzaba a hacer algo él solo, obtenía magníficos resultados.

—¿Qué idea tienes en la cabeza? —le preguntó.

Pero Denis no soltó prenda, y Bart, encogiéndose de hombros, puso el motor en marcha.

Denis se alejó también. Andaba de prisa, con paso vivo y elástico, deseando llegar al lugar a donde iba. Sus veintiocho años de edad le impelían a la acción inmediata y estaba deseando tener el menor motivo para enfrentarse con alguien en quien recayese la más mínima sospecha de culpabilidad.

Tenía una estatura de cinco pies y once pulgadas según rezaba su ficha anatómica, y pesaba unas ciento ochenta y cinco libras. Su rostro era atezado y el pelo negro, ligeramente ondulado, y todo su aspecto indicaba al hombre que trabajaba con regularidad y ejercitaba todos los días sus músculos con algún deporte completo.

Su propósito era bien definido. Conseguir noticias, algo sobre qué comenzar a actuar. Había frecuentado el hampa de las grandes ciudades y tenía grandes conocimientos acerca del mundo misterioso de los fuera de la Ley.

Estaba, seguro de que si era posible encontrar algunos datos acerca del acto de sabotaje realizado aquella mañana, era en los bajos fondos de la ciudad donde debía bucearse en busca de ellos. Ciertos detalles, que a la misma Policía le pasaban inadvertidos, eran fielmente registrados en sus cerebros por los componentes del mundo de la delincuencia.

Recordaba que, en varios casos en los que había intervenido, habían encontrado la solución gracias a pequeños detalles llegados hasta él, a través de los oídos siempre tensos de los confidentes.

Tal había ocurrido, por ejemplo, con el crimen perpetrado seis meses atrás en la persona de un rico comerciante de embutidos, Que había sido asesinado en su propia casa con un disparo de escopeta. No había la menor pista, ni el más pequeño indicio, hasta que, un mes después de cometido el crimen, un confidente notificó a uno de los agentes encargados del caso que cierto individuo, muy conocido entre la gente del hampa, se había estado curando unas quemaduras que tenía en la mano izquierda, de forma tan típica, que parecían haber sido causadas por los cañones recalentados de una escopeta de postas[2]. Esta confidencia tuvo como resultado la

detención del asesino.

Otras veces, después de efectuado un robo con provechoso resultado, el autor del mismo era descubierto porque algunos componentes del mundo del crimen se habían apercebido de que gastaba más de lo ordinario. Estos comentarios eran recogidos por los confidentes y llegaban así a oídos de la Policía, la cual, relacionando convenientemente las fechas, se apresuraba a «trabajar» al sospechoso, arrancándole la confesión apetecida.

Denis no ignoraba que la labor de los confidentes proporcionaba a la Policía numerosos éxitos, y por ello se había preocupado de atraerse a unos cuantos individuos que por el halago, la persuasión e incluso por las amenazas, se habían prestado a trabajar para él, comunicándole las noticias que agitaban los sucios fondos del hampa que podían tener algún interés para el F. B. I.

Estos individuos se relacionaban a su vez con otros, formando así una verdadera organización, sin ninguna ley escrita, temida por todos los maleantes, porque sus tentáculos se extendían hasta los más recónditos rincones del hampa, recogiendo sus palabras, sus gestos y sus comentarios, transmitiéndoselas unos a otros, como las ondas producidas por la caída de una piedra sobre la superficie del agua en reposo.

Denis sabía muy bien dónde podía encontrar al hombre más adecuado, para que le informase acerca de los rumores que corrían en los bajos fondos sobre la voladura del «Atlanta».

A las dos de la madrugada abandonaba el «taxi» que le había conducido a la entrada del barrio de Dorchester. Dio una generosa propina al chofer, que se apresuró a alejarse de aquellos parajes como si le persiguiera el demonio, y se aventuró por las estrechas callejuelas de aquel barrio poco recomendable.

Poco después se detenía a la entrada de un angosto callejón, y tras una ligera vacilación, se decidió a penetrar en él, después de deslizar disimuladamente la pistola en el bolsillo del pantalón.

El callejón estaba mal iluminado por una candileja con humos de farol, situado en su entrada. Hacia el centro de él, se dibujaba en el suelo un rectángulo de luz, procedente del interior de un establecimiento, donde parecía haberse concentrado toda la animación de aquellas horas de la noche. Las casas que le rodeaban eran viejas y lóbregas, de estrechos y oscuros portales, verdaderas

trampas humanas en caso de incendio.

Las puertas del establecimiento eran de cristal esmerilado, sucio y descolorido, y estaban abiertas de par en par. Era un local largo, lleno de humo de tabaco, que olía a comidas baratas y, sobre todo, a humanidad desaseada y sucia. Las mesas eran de mármol, y a la izquierda de la puerta se extendía un largo mostrador de madera. Había hasta una docena de hombres apoyados en él y unas cuantas mujeres, con ceñidos trajes de vivos colores y rostros excesivamente maquillados, ayudaban a los hombres a trasegar bebidas alcohólicas.

Denis oteó a través de la columna de humo, y el encargado del mostrador, un hombre enorme, amplio, exuberante, le interpelló:

—¿Busca a alguien? Aquí encontrará usted alguna muchacha, si es que se siente solo.

Le guiñó un ojo, riendo estruendosamente. Denis no le respondió, porque en aquel momento acababa de ver a la persona que buscaba.

Estaba al final del mostrador. Era un hombrecillo de aspecto infantil, que desmentía en parte la viveza de sus ojos, siempre en movimiento. Se tocaba la cabeza con una vieja gorra de visera, cuyo color original se perdía bajo una capa de suciedad, y tenía la vista fija en un periódico, absorto al parecer en la lectura, aunque sus ojos no perdían en realidad el menor detalle de cuánto ocurría a su alrededor.

Su nariz, larga y afilada, estaba situada sobre el vértice del ángulo agudo formado por sus mejillas, lo cual, unido a las pobladas cejas que casi le cubrían los ojos, le daban un aspecto que justificaba el apodo de Jimmy «el Hurón», con que todos le conocían.

Denis permaneció con los ojos fijos en él, esperando que Jimmy levantara la vista, y en cuanto el ratonil individuo posó sus ojos en los del agente, éste le hizo una seña y abandonó el local, después de consumir con cierta repugnancia el vaso de bebida que le habían servido al entrar.

Jimmy no tardó en seguirle, aunque no de buena gana, según pudo apreciar Denis, y se alejó del establecimiento, pasando ante el agente en la entrada del callejón.

Denis le siguió. Jimmy se encaminó hacia el Franklin Park, sin

dar la menor muestra de apresuramiento. Las calles estaban casi desiertas y ninguna de las escasas personas con quienes se cruzaban parecía fijar mientes en ello, a pesar de lo cual Jimmy no dio la menor muestra de reconocerle.

En esta forma llegaron al parque. «El Hurón» no se detuvo en la entrada, sino que penetró hasta un lugar donde las espesas copas de los árboles no podían ser atravesadas por la luz plateada de la luna. Allí se acomodó en un banco y Denis tomó asiento a su lado.

—¿Qué quiere de mí? —masculló el hampón.

Denis miró a su alrededor, aunque sabía que estaban completamente solos.

—Jimmy —preguntó—, ¿qué has oído sobre lo de esta mañana?

—Sólo lo que dice la Prensa —replicó «el Hurón», con evidentes síntomas de malestar, manteniendo fijos los ojos en el suelo.

—Quiero noticias —replicó Denis duramente—. ¿Lo oyes? Moviliza a todos tus amigos. Diles que agucen las orejas y que se queden con todo lo que oigan, hasta lo más insignificante...

—Es peligroso, mister Houston —dijo Jimmy, removiéndose, inquieto—. No quiero verme metido en un lío...

—Pues te vas a ver en uno y muy gordo, te lo aseguro. Haz lo que te digo o mañana mismo sabrá la Policía quién asaltó el domicilio de Cedar Vernom, hace quince días, desconectando previamente los timbres de alarma. Creo que eso te supondría diez años de «gayola». Y diles lo mismo a Somerville, a Quincy, a John «el Blanco» y a «Cara de Palo». Quiero noticias y cuanto antes, mejor. De lo contrario, el Estado os va a pagar a todos unos cuantos años de pensión.

—Pero si es que... —comenzó a decir Jimmy, pero Denis sabía cómo debía tratar a la gente de su calaña.

—Ni una palabra más —le interrumpió, levantándose—. Diles que averigüen cuanto puedan acerca de este asunto. Déjeme las noticias que puedas recoger en el sitio de costumbre, o llámame por teléfono.

Denis se alejó sin hacer el menor caso de la mirada asesina que nevaba clavada en la espalda. Sabía que en aquel momento era el número uno de la lista de muertes deseadas por Jimmy «el Hurón», pero sabía también que éste no tardaría en ponerse en acción, por la cuenta que le tenía.

Se encaminó a su domicilio, situado en Pickney Street, subió a su departamento y, minutos después, dormía a pierna suelta.

Le despertó el insistente sonido del timbre del teléfono. Medio adormilado aún, tendió el brazo hacia la mesilla, y apenas se había acercado al oído el auricular, cuando la voz de Crethers resonó en su oído:

—¿Denis?... Reúnete conmigo cuanto antes en el despacho de Lauglin. Al parecer, hay noticias relacionadas con el suceso que traemos entre manos.

—¿Desde dónde me habla?

—Desde mi casa. Dentro de unos minutos salgo para allá.

Las oficinas de la Policía de Boston ocupaban un ala del edificio del Ayuntamiento. Denis tardó un buen rato en llegar allí, pero, al fin, cruzó la puerta y se encaminó directamente al despacho del inspector Lauglin.

Había varias personas allí cuando Denis penetró en la estancia. Estaba Crethers, desde luego, y también Lauglin, pero además había otro hombre, con cara de industrial acomodado, y Denis se enteró, con sorpresa, de que era el *sheriff* de Marlborough. Entonces pensó que su cargo en aquel pueblo no debía ocasionarle demasiados sinsabores.

Luego su atención recayó en la otra persona que estaba en el despacho. Era una mujer de regular estatura y admirablemente proporcionada. Denis, que se preciaba de tener una vista especial para descubrir el menor vestigio de grasa donde no debiera estar, en el cuerpo de una mujer, hubo de darse por vencido ante la esbelta figura de aquella muchacha, porque las cinco curvas básicas del busto femenino estaban en ella admirablemente situadas y proporcionadas.

Tenía la nariz recta y el pelo castaño, recortado en forma de corona y coquetamente rizado en las puntas, lo cual la daba cierta semejanza con una diosa griega y Denis, aunque no era muy aficionado a la Mitología, la comparó, mentalmente, con Artemisa.

Tan sólo había una cosa que no concordaba con su aspecto, y era aquella especie de luto, improvisado a toda prisa, con que se tocaba la muchacha.

Mally Harper estaba en la plenitud de la vida y, aunque era evidente que la muerte de su hermano la había sorprendido

dolorosamente, no había sido bastante para llevarse toda la alegría que emanaba de su belleza, su juventud y ansia de vida.

Era Keefe, el *sheriff* de Marlborough, quien hablaba en aquel momento:

—Acabo de llegar —dijo— y, como es natural, estamos al corriente de lo ocurrido ayer en el puerto..., al menos, en la medida que la radio y Prensa lo han dado a conocer. Una de las cosas que dieron, Fue la relación de los desaparecidos.

Crethers asintió.

—Entre ellos —continuó Keefe— figuraba un muchacho de Marlborough. Se trata de Alex Harper, el hermano de la señorita, como ya les he dicho. Bien. Pues mal pudo haber desaparecido, cuando no estaba en el acorazado cuando éste hizo explosión.

—Hombre. Eso ya lo sabíamos... —comenzó a decir Crethers, pero se contuvo a tiempo. Iba a decir que era natural que Harper no estuviera a bordo del «Atlanta», puesto que había saltado de él antes de producirse la explosión del navío.

Mally Harper pareció leer su pensamiento.

—No es lo que supone, inspector —dijo—, Keefe quiere decir que Alex no llegó a pisar la cubierta del «Atlanta», ni mucho menos pudo efectuar su voladura, porque llevaba varias horas muerto cuando ocurrió ésta.

—¿Muerto? —preguntó Denis, sorprendido.

—Asesinado —puntualizó la muchacha.

Por un momento, pareció qué iba a ser incapaz de contener los sollozos, pero al fin, lo consiguió y Denis, que la miraba fijamente no pudo por manos que admirar su entereza.

A la declaración de Mally Harper sigilé un silencio absoluto. Luego Crethers pregunté:

—¿Cómo se han enterado de que sospechábamos de Alex Harper?

—La radio lo insinuó a última hora de la noche —repuso Keefe.

Denis y el inspector cruzaron una mirada, en la cual ambos comprendieron que pensaban lo mismo, Miles, el sastre, se había ido de la lengua.

A preguntas del inspector, Keefe les relató cómo había sido descubierto el cadáver y lo que, a su juicio, había ocurrido junto al borde del barranco del río Charles, que era la realidad.

—¿No pudo ser un accidente? —preguntó Denis.

—No. El forense examinó el cadáver de Alex. Tenía dos balazos que fueron los que le produjeron la muerte.

Mally rompió en sollozos y ocultó el rostro en un pañuelito.

A continuación, Keefe les dijo que él, en persona, había examinado los alrededores del lugar donde ocurrió el suceso y que había visto sangre en abundancia, de forma que había recogido unos cuantos puñados de tierra empapada en ella y los había llevado al laboratorio.

—Si Alex consiguió herir a alguien, tal vez sea ésta una buena pista —dijo, y Crethers estuvo de acuerdo con él.

Fue entonces cuando Denis intervino de nuevo en la conversación.

—¿Es ésta la firma de su hermano? —pregunté a Mally tendiéndola un papel—. Es el recibo los medicamentos —dijo al inspector.

La muchacha examinó el documento.

—No es la firma de Alex —dijo.

—Eso favorece sus argumentos, Keefe —estimó Crethers.

Un golpe dado en la puerta interrumpió la conversación, y Markham, un técnico del laboratorio de la Policía, penetró en el despacho llevando un informe en la mano, que leyó a instancia de Crethers.

Era muy largo y Markham se saltó la mayor parte para leer el resumen, que aseguraba que las muestras llevadas por Keefe correspondían a dos tipos distintos de sangre, lo cual, quería decir que uno de los agresores de Harper había resultado herido.

La gran maquinaria de la Ley se puso inmediatamente en marcha para descubrir al herido. Cientos de agentes de la Policía y del

F. B. I.,

recorrieron los hospitales, clínicas, puestos de socorro y consultas de los cirujanos de la ciudad.

Habían sido asistidos muchos heridos y lesionados a consecuencia de riñas y accidentes, pero una minuciosa investigación dejó en claro que ninguno de ellos era el que se buscaba.

El rostro de Crethers se tornaba sombrío a medida que llegaban

estos informes. Denis paseaba impaciente por el despacho.

—Quizá haya muerto y su cuerpo aparezca cualquier día por ahí —apuntó.

De pronto tuvo una idea. Dejó de pasear y se acercó, de dos zancadas, a la masa de Crethers.

—Oiga, inspector: ¿y si hubiese sido atendido por alguien que ejerce la Medicina clandestinamente? —preguntó.

Crethers comprendió en seguida las posibilidades que le brindaba la sugerencia de Denis, y llamó a Lauglin por teléfono, preguntándole si tenían fichados a los individuos que ejercían la Medicina sin ser médicos.

—Claro que sí. Y también a los médicos a quienes se les ha retirado la licencia por algún motivo.

—Cítalos en tu despacho para esta tarde a las cinco. Y procura que no falte ninguno.

A las cinco en punto estaban los tres en el despacho de Lauglin. Denis sentía un hormiguillo recorrer su cuerpo. Tenía la impresión de que algo positivo iba a salir de aquella reunión. Se acercaba la hora de actuar. Lo notaba en ciertos detalles que se manifestaban en él cada vez que era inminente la acción.

Eran unos treinta los hombres reunidos en el despacho de Lauglin. Crethers paseó la mirada sobre ellos. La mitad, aproximadamente, eran médicos a quienes se les había retirado la licencia, y el resto estaba constituido por una quincena de intrusos de la Medicina.

La mayoría de ellos tenían algo que temer y muchos ojos se abatieron al suelo ante la dura mirada de Crethers.

—Háblales tú —dijo a Denis.

Éste avanzó un paso, colocándose frente al semicírculo de expectantes rostros, y se fue derecho al asunto.

—Señores: Como saben, ayer fue volado un acorazado en el puerto. Sabemos que uno de los autores de este acto criminal fue herido ayer por la mañana, posiblemente por un disparo de arma de fuego. Si fue herido gravemente tuvo que ser asistido, forzosamente, por uno de ustedes, porque la Policía ha recorrido todos los lugares de Boston donde podía haberlo sido, sin el menor resultado.

Hizo una pausa. Luego prosiguió:

—Si alguno de ustedes ha asistido a alguna persona herida por arma de fuego, ayer, entre las once de la mañana y cualquier hora de la tarde, le recomiendo que lo confiese. Le prometo que nada le sucederá. Por esta vez, pasaremos por alto la ilegalidad de su actuación, a cambio del servicio que nos preste. Además, quien lo haya hecho y lo silencie, se hace cómplice de un delito de sabotaje que le va a costar caro. Tarde o temprano daremos con esos individuos y descubriremos quién asistió al herido, no les quepa la menor duda.

Se hizo un silencio embarazoso que duró algunos minutos. Luego, las filas del auditorio se removieron y un hombre corpulento, bien trajeado, de rostro ancho, pero adusto y pálido y manos temblorosas, como si alguna enfermedad interna le consumiese, se acercó a Denis.

—Creo que yo asistí a ese individuo —dijo—; naturalmente no sabía que...

Crethers interrumpió sus excusas.

—Ustedes pueden retirarse —dijo a los demás. Todos salieron del despacho, con evidentes muestras de alivio. Sólo quedó allí el hombre de la cara pálida, manoseando, nerviosamente, el sombrero.

Crethers se encaró con él.

—¿Cómo se llama usted?

—Joseph Macaulay.

Laughlin miró un pequeño fichero que tenía delante.

—Se le retiró la licencia hace dos años por cocainómano, ¿no es así? —preguntó.

Macaulay afirmó con la cabeza.

—Bien. Díganos qué ocurrió.

—Serían las tres de la tarde, cuando se presentaron en mi casa dos individuos. Me preguntaron si podía encargarme de curar a un amigo suyo que había sido herido de un tiro en una refriega. Me dijeron que habían reñido estando borrachos y que no deseaban dar parte a las autoridades. Fui con ellos hasta un coche. Que esperaba una manzana más allá de mi casa.

—¿Se fijó en él? —preguntó Denis—. ¿Era acaso un «Packard»?

—Sí, señor. Matrícula de Nueva York, trescientos cuarenta y seis diez.

—¿Está usted seguro?

—Sí, señor. El herido estaba en el coche. Fuimos en él a la prolongación de la Doddard Avenue, detrás del Lago Jamaica, y allí le curé, en el mismo automóvil. Tenía dos heridas de bala, ambas en el muslo izquierdo. No eran graves, pero había perdido mucha sangre. Me pagaron y volvieron a llevarme a mi casa. Eso es todo.

—¿Puede darnos las señas personales de esos individuos?

Macaulay lo hizo así y Crethers le despidió.

En cuanto salió del despacho, los tres hombres se miraron con ojos radiantes de alegría.

—Hay que localizar ese coche —dijo Crethers.

—Y avisar a los controles de las carreteras por si intentan salir de Boston.

Laughlin tomó el teléfono.

—Póngame con la División de Tráfico —pidió—. Hola, Delaney —prosiguió en seguida—, pon a trabajar en seguida a todos los hombres de que dispongas. Quiero que me encuentren un «Packard» gris de la matrícula de Nueva York trescientos cuarenta y seis-diez.

Es muy urgente. Diles que no hagan preguntas una vez lo hayan encontrado.

El automóvil estaba localizado una hora después. Los hombres de Laughlin se habían movido de lo lindo y averiguaron que se encontraba encerrado en un garaje de Regent Street.

Denis se disponía a salir del despacho para dirigirse allí cuando llegó una comunicación de Washington, firmada por el jefe del

F. B. I.,

en la cual se les pedía un informe de lo sucedido y de las pesquisas que habían realizado hasta el momento, al mismo tiempo que les ofrecía la ayuda del Estado Mayor de la organización.

El inspector guiñó un ojo a Denis.

—Retrasaremos la contestación hasta que hayas visto el coche e interrogado a los empleados del garaje —dijo—. Tal vez podamos decirles algo sustancioso.



¿EL MEJOR ALMANAQUE DEL AÑO?
Sin duda alguna, el
EXTRAORDINARIO
DE
AVENTURAS DEL F. B. I.

MALA SUERTE



ENIS pisó el acelerador, salvando en unos minutos la distancia que les separaba de Regent Street.

El garaje resultó ser una amplia nave, completamente llena de coches de todas las marcas y tipos. A la derecha de la puerta había un apartado con las paredes de cristal, en el cual se encontraba el vigilante que llevaba la nota de las entradas y salidas de los vehículos.

El agente que había localizado el «Packard» le estaba esperando a la puerta del garaje y se acercó a él, apenas le vía detener el coche junto al borde de la acera.

Pocos segundos después, Denis examinaba el coche con el mayor interés. El asiento posterior estaba manchado de sangre, que alguien había intentado limpiar con agua y jabón, sin conseguirlo por completo.

—¿Desde cuándo está aquí? —preguntó Denis al vigilante, que contemplaba su investigación con rostro poco alegre.

—Desde hace unos cinco o seis días.

—¿No han venido a buscarlo desde entonces? Concretamente, ayer mañana.

—Espere un momento —dijo el hombre.

Regresó en seguida, llevando en la mano un libro que examinó con atención.

—Sí, señor —dijo—. Se lo llevaron ayer mañana y no lo trajeron hasta las ocho de la tarde. Volvieron a sacarlo a las once de la noche y lo han traído esta mañana temprano.

—¿No han vuelto más?

—No, señor, pero han llamado por teléfono hace cosa de dos horas, diciendo que se tenga preparado el coche para las nueve, bien repostado de gasolina y aceite.

El corazón de Denis dio un salto de alegría. Haciendo sonar la sirena del coche, se filtró a toda velocidad por entre el creciente tráfico de las calles, llegando ante la puerta del edificio del

F. B. I.,

Los escalones fueron salvados de cuatro en cuatro y llegó casi sin aliento al despacho de Crethers, irrumpiendo en él sin pedir permiso.

—¡Caramba! Pronto has regresado —exclamó aquél, volviéndose hacia él, desde la ventana a través de la cual contemplaba la calle.

—Inspector —exclamó Denis excitado—: es el coche que buscamos. Y van a ir a buscarlo dentro de una hora.

Crethers saltó hacia él, lanzando una exclamación de triunfo.

—Ahora sí que no se nos escapan esos bandidos —dijo.

Diez minutos después dos coches repletos de agentes del

F. B. I.,

se dirigían hacia el garaje. Cada agente ocupó el lugar que el Inspector le designó y los dos coches fueron estacionados en los dos extremos de Regente Street. Denis, por su parte, se metió en la garita, sentándose junto al guarda y comenzó a charlar con él, como

si fuese un amigo que había ido a hacerle una visita.

Los minutos transcurrían lentamente. Durante ellos, Denis ilustró al guarda acerca de lo que debía de hacer, recomendándole mucho que no perdiese la serenidad. Las manillas del reloj de Denis llegaron al fin a la hora fijada. La presión de la mano del agente sobre la culata del arma que llevaba en el bolsillo, se acentuó.

Sin embargo, transcurrieron las nueve y nadie se presentó en el garaje a recoger el coche. Denis comenzó a perder la paciencia y con ella la esperanza. Quizá aquellos tipos habían advertido el despliegue de fuerzas que se había llevado a cabo. Pensó en la angustia que estaría pasando el impaciente Crethers, dentro del coche, situado unas manzanas más abajo, esperando su aparición.

El reloj de la garita dio las nueve y media. Denis iba a levantarse para ir en busca del inspector, cuando un hombre penetró en el garaje.

Vestía un uniforme gris y por su apostura parecía estar al servicio de algún rico personaje. Sin la menor vacilación se acercó a la garita. El vigilante pisó disimuladamente el pie de Denis, en una muda y convenida señal de advertencia.

—Buenas noches —saludó el recién llegado—. Vengo a por el coche. Supongo que estará preparado.

—Naturalmente —repuso el empleado del garaje—. ¿Va usted a abonar la factura?

—Sí, claro. ¿Cuánto es?

El empleado miró el libro.

—Quince dólares —dijo.

Denis no perdía de vista a aquel individuo. Después de que hubo pagado, el guarda y él salieron de la garita y se encaminaron hacia el lugar donde estaba el «Packard».

—¡Eh! —gritó el guarda a Denis—. Ven a ayudarnos...

Denis ayudó a los otros en la tarea de apartar algunos coches que estorbaban la salida del que habían ido a buscar. Durante esta operación procuró acercarse al chofer, tocándole disimuladamente y se apercibió de qué iba armado.

Poco después, el «Packard» abandonaba el garaje. Apenas lo hizo, Denis, en el umbral de la puerta, encendió un cigarrillo. Casi en seguida su coche en el cual estaba Crethers se detenía a su lado y el inspector abrió la puerta.

—Sube.

Denis lo hizo así. Cien yardas delante de ellos se distinguía la luz roja del faro piloto del «Packard», que tomó la Columbus Avenue, dirigiéndose al Puente de Boston, sobre el río Charles, seguido de cerca por los dos coches del

F. B. I.

—El solito va a llevarnos al nido —comentó Crethers, regocijado.

—Va a cruzar también el río Mystic —dijo Denis.

El automóvil se encaminó hacia el puente de Alford, dispuesto, sin duda alguna, a cruzarlo.

—Pégate a él —dijo Crethers al conductor—, no quiero perderlo de vista.

El puente estaba ocupado por multitud de vehículos, cuyos ocupantes se dirigían, sin duda, a presenciar el combate de boxeo que iba a celebrarse en el Palacio de los Deportes, enclavado en Chelsea. Todos ellos llevaban las luces encendidas y hacían sonar sus «claxons», pidiendo más velocidad a los coches que iban delante. El conductor del «Packard» era muy hábil y se escurría con la mayor facilidad por entre los otros vehículos, distanciándose de ellos.

—Se nos va a perder —gruñó Crethers.

Por más esfuerzos que hacia el conductor del coche de la Policía, no conseguía mantenerse a corta distancia del «Packard». Hacia la mitad del puente, dos filas de automóviles le separaban de éste.

Mirando hacia atrás, pudieron comprobar que el otro coche se había perdido de vista.

Apenas abandonó el puente, el «Packard» se lanzó a toda velocidad por la orilla del río Mystic. El coche de la Policía estaba aún en él, y cuando logró salir a la carretera y se separó del tráfico, doblando hacia la derecha, el «Packard» les llevaba ya una buena delantera y se alejaba cada vez más.

El conductor del coche policial pisó a fondo el acelerador. La distancia que les separaba del punto rojo que denunciaba la situación del «Packard» se fue reduciendo paulatinamente, con gran alegría de Crethers, que, por un momento, llegó a temer que se les escapase la presa. Esto hizo renacer su buen humor, a pesar de que pudo comprobar que el otro automóvil no les seguía. Tal vez

continuaba aún en el puente, aprisionado entre la riada de vehículos que lo atravesaban.

El «Packard» volaba por la bien asfaltada carretera que se extendía bordeando la desembocadura del Mystic. El automóvil de la Policía corría bravamente tras él, sin despegarse más de cuarenta yardas.

De pronto sonó una ligera explosión. El coche hizo unas cuantas rápidas eses y el conductor metió rápidamente el freno, deteniéndolo en seco y evitando el estrellarse contra un árbol o ir de cabeza al río.

—Un pinchazo —dijo.

En aquel momento, Denis demostró la bondad de las enseñanzas recibidas en Quantico y la manera cómo las había asimilado.

Mientras Crethers juraba y maldecía a voz en grito, él no vaciló un instante. De un violento tirón arrancó el fusil ametrallador de manos de Bart Martin y saltó a la carretera.

El «Packard» se había alejado bastante. Denis no dudó un segundo. Echándose el fusil a la cara, descargó contra el fugitivo los ochenta proyectiles del tambor del arma, que trazaron líneas escarlatas en la oscuridad de la noche, volando hacia su objetivo.

Denis bajó el fusil. Por un segundo pareció que no había conseguido alcanzar al coche perseguido, pero, de pronto, comprobaron que el «Packard» saltaba hacia un lado, como una fiera herida, y, rompiendo la valla de tela metálica, pintada de rojo y blanco que bordeaba la carretera por el lado del río, se precipitaba hacia éste, hundiéndose en sus sucias aguas, después de rodar por el barranco.

Los tres hombres se acercaron corriendo al lugar por donde se había precipitado al río, pero no vieron el menor rastro del coche. Solamente en el lugar donde había caído, las aguas estaban ligeramente agitadas, pero eso era todo.

La luz del coche de la Policía llegaba hasta ellos, muy velada por la distancia. Crethers se rascó la cabeza con disgusto.

—¡Maldito pinchazo! —murmuró—. Y menos mal que hemos eliminado a uno, aunque nos hayamos quedado sin saber dónde están los otros.

El conductor tardó poco en sustituir por otra la rueda averiada y regresaron al despacho de Crethers con los rostros terriblemente

serios. Denis intentó animar al inspector.

—Ahora que íbamos a descubrir su guarida —se lamentó éste—. Sabemos que está en algún lugar de Chelsea, pero ¿dónde? Y lo peor es que hemos descubierto nuestro juego. En cuanto vean que el chofer no regresa, se apresurarán a largarse.

—No se desespere, inspector. ¿Por qué no ponemos un telegrama a Nueva York para que averigüen de quién es el coche?

—Así lo haremos —repuso Crethers—; pero me sigue interesando examinarlo. Debe haber en él multitud de huellas. Voy a llamar a la Comandancia del puerto, para que envíen a sacarlo esta misma noche. Quizá el chofer lleve encima algún documento..., algo...

Crethers hizo lo que había dicho, en cuanto llegó a su despacho. Luego dijo a Denis:

—Bueno, hijo: yo voy a descansar un rato. Estoy rendido con el trajín que nos hemos traído hoy. Tú vete también a descansar, pero dile a Martin u otro cualquiera que vaya a ver extraer el automóvil del fondo del río y se encargue de sacar todas las huellas que encuentre. Y si hay algo de particular, que me llamen a casa. Cuando se llega a mis años, Denis...

Éste cortó su discurso con un movimiento de la mano y salió del despacho. Sabía de sobra que Crethers, a pesar de sus cincuenta y dos años, era más ágil y elástico que muchos hombres de treinta. Le había visto centenares de veces realizar esfuerzos superiores a los de aquel día. Lo que le pasaba era que se había desanimado bruscamente, ante el fracaso que había sufrido.

La extracción del coche del fondo del río, no costó ningún trabajo. Los buzos del puerto estaban habituados a sacar objetos más pesados que él desde mayores profundidades. El «Packard». Fue izado en pocos segundos por una potente grúa, una vez que los buzos hubieron enganchado a él los cables de acero, a la luz de dos potentes reflectores.

Luego, un coche-grúa de la Policía lo remolcó hasta un garaje, donde Denis lo sometió a un concienzudo examen.

Los peritos en huellas dactilares sacaron cuantas pudieron encontrar, que no habían sido borradas por el agua y, después de clasificarlas, enviaron las fórmulas a Washington y a Nueva York, con objeto de averiguar si estaban registradas en los completísimos

archivos del
F. B. I.

A continuación, el agente examinó el cadáver del chofer, que, envuelto en una manta, permanecía en el camión-grúa.

Los proyectiles habían penetrado por la ventanilla de la parte posterior del «Packard», alcanzándole en la nuca y el cuello. En los bolsillos encontró Denis una documentación a nombre de Brannan Curtís, residente en Nueva York, con domicilio en una calle cuyo nombre Fue imposible de descifrar, porque el agua había corrido la tinta; pero, con gran sorpresa por su parte, no encontró el menor rastro de documentación del coche, por lo cual sospechó que éste había sido robado.

Tampoco había entre aquellos papeles el menor indicio acerca del lugar donde pudiera encontrarse el resto de la cuadrilla. Denis comprobó con amargura que, al menos de momento, estaban casi en él mismo sitio que cuando empezaron, aunque era cierto que conocían muchas cosas que, bien explotadas, podían serles de suma utilidad. Todas sus esperanzas estaban concentradas en aquellas huellas dactilares, en lo que pudiera decirles la División de Nueva York, acerca de aquel Brannan y, de forma más inmediata, en los informes que pudiera suministrarle Jimmy «el Hurón».

Sin la menor animación subió al coche. Poco después de cruzar el río Charles, camino de su casa, se detuvo en un bar, donde cenó, casi sin apetito, un par de «perros» calientes con mucha mostaza y dos tazas de café.

La cena le reanimó lo suficiente para ver la vida de otro color, y, de pronto, recordó que un buen complemento de ella sería hacer una visita a Mally Harper.

La muchacha vivía no lejos de allí, en la calle Bernard, pero se encontró con la desagradable sorpresa de que no estaba en casa, en vista de lo cual se Fue a la suya.

Tenía el proyecto de acomodarse allí y pensar un poco sobre aquel difícil asunto, para ver si, por eliminación, conseguía localizar el lugar donde se albergaban aquellos forajidos, que les estaban quitando el sueño desde hacía cuarenta y ocho horas.

Eran las once de la noche cuando se detuvo ante la puerta de su casa. Al encender la luz del portal, su mirada se posó en los doce buzones —una por inquilino— empotrados en la pared de la

derecha, y aquello le hizo acordarse de nuevo del «Hurón».

«¿Habrá conseguido ya alguna noticia?», se preguntó.

Era demasiado pronto para ello o, al menos, así lo pensaba él; pero, de todas formas, abrió el buzón. Estaba vacío, en efecto. Con un ligero suspiro de desilusión subió a su departamento, se puso cómodo en un sillón, después de cambiarse de ropa, y procuró concentrarse en el asunto.

Fue imposible. El teléfono comenzó a repicar de pronto con molesta estridencia. Denis intentó no hacerle caso, pero el teléfono seguía sonando, insistente.

Con una maldición se levantó del sillón y tomó el auricular. Una voz ronca, temblorosa de miedo e impaciencia, comenzó a hablar.

—¿Es míster Houston? —preguntó, y al escuchar la afirmación de Denis, prosiguió—: Usted encargó algo a un amigo anoche, ¿no es así?... Bien. ¿Por qué no echa usted un vistazo por el número diez o el doce de la avenida de los Mirlos? Es un chalet precioso y creo que le convendrá. Los inquilinos que lo ocupan piensan dejarlo en seguida —recalcó la voz.

—Gracias... —comenzó a decir Denis.

—No diga nombres —le interrumpió la voz—. Y olvídense de mí por una temporada, porque me largo de Boston. No me gusta nada.

La comunicación se cortó bruscamente. Denis sonrió. «El Hurón» acababa de enviarle su mensaje. Había trabajado de prisa y bien.

«Avenida de los Mirlos, diez o doce —murmuró—. Voy a avisar a Crethers».

Comenzó a marcar el número del inspector, pero se detuvo de pronto. ¿Por qué avisarle? ¿Y si «el Hurón» le había engañado? Él bien sabía que esto era casi imposible, porque Jimmy temía las represalias, pero en su subconsciente le atraía la idea de hacer una visita a aquella casa. Una visita exploratoria, naturalmente, más que nada para examinar el lugar y poder decir a Crethers, con la mayor seguridad, que los hombres que buscaba con tanto anhelo estaban allí.

Además, era pronto todavía. No había que pensar siquiera en efectuar su detención antes de la madrugada. Podían estar despiertos y colocarse a la defensiva antes de que pudieran sorprenderlos.

Esto le decidió. Se vistió adecuadamente, con una americana

muy usada; comprobó que la «Luger» estaba cargada y se metió otro cargador en el bolsillo del pantalón. Luego cogió una pequeña linterna, provista de dínamo, y salió del departamento.

Weining, el «gangsters» de cara de bestia miró su reloj, impaciente.

—Hace más de una hora que se marchó Brannan y aún no ha regresado —dijo—. ¿Le habrá ocurrido algo?

Paseaba nerviosamente por la estancia, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, dando furiosas chupadas al cigarro «Corona» que estaba fumando.

—¿Qué le va a ocurrir, Weining? Estás nervioso como una colegiala el día del reparto de premios —interpuso, con voz tranquila, el hombre que ocupaba uno de los sillones del «hall»—. Nadie nos conoce en Boston.

Su rostro estaba pálido, pero era agradable. Bien rasurado y sonriente, Claude Lagle no daba, en modo alguno, la impresión de la perversa maldad que se escondía en su alma. Tenía una pierna cruzada sobre la otra y, con el «Diario de Boston» entre las manos, se ocupaba de leer las últimas noticias referentes a la voladura del «Atlanta».

—Nadie nos conoce en Boston —repitió Weining, parándose ante él, con el rostro ceñudo—; pero ya han averiguado que tú suplantaste al farmacéutico del acorazado... y sabe Dios cuántas cosas más, que no van a ir pregonando a los cuatro vientos, para que nosotros nos enteremos. Para que lo sepas, te diré que no tengo la menor confianza en el médico que curó a Pickard.

Claude Lagle dejó de sonreír.

—Han descubierto que alguien suplanta a ese oficial, pero no que fui yo quien lo hizo —repuso, recalcando la palabra «alguien» como si la estuviera mascando, como si pretendiese que de este modo la idea tuviese más probabilidades de penetrar en la dura mollera de Weining, endurecida en el «ring» por los golpes—. En cuanto al médico, no tiene ni idea de quiénes somos y, además, había que atender a Pickard. No pretenderías que le dejásemos morir por ahí tirado, ¿eh, Weining? —preguntó, con suavidad.

El otro le miró.

—Tú te lo guisas y tú te lo comes —repuso—. ¿He dicho yo algo

de eso? Pero ese médico... pudo ver la matrícula del coche y mil detalles más. No estoy tranquilo, Lagle.

Prosiguió su paseo, bajo la mirada sonriente de su compañero. Claude Lagle era un sujeto de recia contextura, según se puso de manifiesto al ponerse en pie. En el tipo, en los actos y hasta en el rostro, tenía cierta semejanza con Alex Harper, y por este motivo había sido él quien le había suplantado. Además, como jefe del grupo y desconocedor absoluto del significado de la palabra miedo, se reservaba siempre la parte más peligrosa de todas las empresas, y esto era algo que nadie se atrevía a discutir.

—Son ya cerca de las diez —dijo, estirando los brazos—. Voy a subir a ver a Pickard.

Emprendió la ascensión por la escalera que arrancaba del iluminado vestíbulo, mientras Weining se metía la americana, que colgaba de un perchero, y se calaba el sombrero hongo.

—Yo voy a salir en busca de Brannan —dijo—. A pesar de todo, me escama que tarde tanto.

—Haz lo que quieras, pero vuelve en seguida. Tenemos que salir de aquí esta misma noche —repuso Lagle, volviéndose hacia él desde la mitad de la escalera.

Weining abrió la puerta del chalet y se precipitó en la noche. Durante unos minutos avanzó lentamente carretera adelante, mirando ansiosamente los coches con los cuales se cruzaba. Luego apretó el paso, hasta encontrarse en las afueras del barrio de Chelsea.

Sin saber la razón tomó un autobús, que le condujo al centro de la ciudad. Era el instinto lo que le hacía actuar como lo estaba haciendo. En Claude Lagle, la inteligencia había anulado al instinto. Weining carecía de ella casi en absoluto y lo mismo podía decirse de la imaginación, pero, en cambio, tenía aquél bien desarrollado y le decía que algo anormal había ocurrido a Brannan, para que tardase tanto tiempo en regresar con el coche.

El autobús pasó rápidamente, cortando la noche con sus faros, junto al lugar donde, media hora antes, el coche conducido por Brannan se había precipitado en las revueltas aguas del Mistyc. Unos minutos después se detenía a la salida del puente de Boston, y Weining se apeó con los demás viajeros, tomando un «taxi» hasta Regent Street.

En la esquina de la calle abandonó el vehículo y siguió andando hasta el garaje donde Brannan había dejado encerrado el coche. Weining se movía con la misma cautela con que pudiera haberlo hecho en la selva algún antepasado suyo, miles de años antes.

Unos cuantos hombres permanecían a la puerta del garaje, comentando algo con gran excitación. Echándose el sombrero sobre los ojos, se acercó a ellos, hasta conseguir captar sus palabras.

—¿Por qué no los detendrían aquí mismo? —preguntaba alguien.

—No lo sé. Supongo que le seguirían para llegar al sitio donde está el resto de la banda —les informó por centésima vez el guarda del garaje—. El agente que estuvo conmigo en la garita no me dio la menor explicación. Son muy reservados esos tíos del

F. B. I.

Luego hasta nos ayudó a despejar el camino, para que pudiera salir el coche, pero en cuanto se encontró en la calle, montó él en otro de la Policía y salieron de estampida detrás del «Packard».

Estas palabras demostraron a Weining que su corazonada no le había engañado. La Policía había dado con el «Packard» y seguido a Brannan. Y era nada menos que el

F. B. I.,

el que les seguía la pista.

Comenzó a sudar. Ya en otras ocasiones habían conseguido burlar a los agentes especiales, pero en ninguna de ellas habían hecho éstos los progresos que habían conseguido ahora; pero entonces, ¿cómo era que aún no habían llegado al chalet? Tal vez, Brannan se había dado cuenta de que era seguido y estaría dando vueltas con el coche, intentando despistar a sus perseguidores.

Sí era así, debía de telefonear inmediatamente a Lagle para que abandonasen su refugio cuanto antes. Con esta idea se alejó del garaje, buscando algún lugar desde el cual telefonear. El miedo ponía alas en sus pies. ¡Con lo bien que habían salido las cosas, para estropearse a última hora! Esto no hubiera ocurrido si hubiese sido él quien llevase la dirección del asunto. Habría rematado a Pickard cuando el médico le dijo que sus heridas no tenían fácil solución, y hubiesen salido inmediatamente para Nueva York, la ciudad gigantesca, conocida y acogedora, donde habrían encontrado fácil refugio. Pero no había hecho la menor insinuación, porque estaba

seguro de que Lagle no lo habría consentido, y ahora estaban casi cogidos en la ratonera.

Sus pasos le llevaron inconscientemente a la parte vieja de la ciudad, donde moraba lo peor del hampa bostoniana. Un bar abría sus puertas junto a él y Weining cruzó la calle, penetrando en el establecimiento.

El encargado del mostrador le proporcionó una ficha y Weining, después de abonar su importe, se dirigió a la cabina telefónica, pero no llegó a ella. Un hombre surgió de las mal iluminadas profundidades del bar, acercándose a él. Weining le reconoció en el acto. Era «el Feliz» Brown. Así lo llamaban todos en Nueva York, antes de que tuviera que sacudirse el polvo de la gran urbe, acusado de haber intervenido en el asesinato de una mujer. Weining ya lo había encontrado antes de la voladura del «Atlanta» y, como «el Feliz» Brown resultó ser un buen conocedor de los bajos fondos de Boston, les había proporcionado algunas interesantes noticias acerca del acorazado, recogidas por sus compañeros del hampa, de labios de los marinos.

—Weining —le dijo, con voz ronca—: te he estado buscando toda la tarde sin conseguir dar contigo.

El aspecto de Brown indicaba en aquel momento todo lo imaginable, excepto aquella felicidad que le habían colgado por apodo.

—Estoy pasando un mal momento —confesó, al ver la mirada del ex boxeador, resbalando especulativamente por sobre sus destrozadas vestiduras.

—Hace tres días te di cuarenta «pavos» por tus informes —replicó Weining, secamente.

—Casi los debía cuando me los diste —replicó Brown—. Ven a mi mesa —continuó diciendo, mirando a Weining ladinamente—. Tengo algo que vale más de ese dinero.

—Gracias, chico. No interesan nuevos golpes.

—No es lo que supones, Weining. Se trata de algo relacionado con la faena esa del barco...

—¡Calla!

«Feliz» Brown se alejaba ya hacia su mesa. Weining le siguió, interesado, con los ojos fijos de manera poco agradable en la espalda del otro. Brown se sentó y él tomó asiento a su lado. La

mesa estaba adosada a una columna, en un rincón poco iluminado y, por otra parte, nadie parecía parar mientes en ellos.

—Te he estado buscando toda la tarde para decírtelo —empezó a decir Brown—. ¿Tienes un cigarrillo? —Weining le tendió uno y encendió otro para él—. ¡Vaya! —comentó Brown—. ¡Si son «Fátimas»!... ¡Buena vida te pegas, Weining!

Encendió el cigarrillo, se envolvió en una columna de humo y prosiguió:

—En vista de que no te encontraba me disponía a ir a vuestra casa.

Weining se envaró.

—¿A nuestra casa? ¿Cómo sabes dónde estamos? —preguntó—. Vamos, habla. Habla, o te juro que te parto un hueso.

Presa de la más viva excitación, había cogido una muñeca de Brown entre sus dedos de acero y apretaba de tal forma, que las venas de la mano parecían ir a estallar de un momento a otro.

—¡Rayos! ¡Weining! ¡Suéltame! —exclamó Brown. Tiró fuertemente, librándose de la garra que te atenazaba, y dijo—: Es algo que se murmura por aquí abajo desde hace algunas horas. Al parecer, dos compañeros se disponían a trabajar anoche en cierto chalet de Chelsea que llevaba varios días vacío; pero anoche, cuando fueron a hacer la faena, se encontraron con que estaba ocupado por varios hombres, y uno de ellos, herido. Ya sabes cómo se relacionan estas cosas entre nosotros. Sabíamos que cierto médico, que ejerce ilegalmente la Medicina debido a su afición a la «nieve», había curado a un individuo.

Lo dejó traslucir él, no sé dónde. No se puede uno fiar de los «pájaros de nieve» [3], ¿sabes, Weining? Conque...

—Basta. No sigas. Alguien ha dado el soplo a la «bofia», ¿no es así? —le interrumpió Weining.

—Dime quién ha sido ése... Le voy a...

Brown sonrió de una manera que provocarla náuseas a una estatua.

—Ésa es la noticia que vale cincuenta «pavos» —repuso.

Weining no replicó. Se llevó la mano al bolsillo, sacó la cartera y le entregó la cantidad pedida, sin la menor protesta, porque sabía que era inútil discutir con «Feliz» Brown. Había tasado la noticia en cincuenta dólares y habían de ser cincuenta dólares o no había

noticia. Además, él tenía demasiada prisa para ponerse a discutir por dólar más o menos.

—¿Quién ha sido? —preguntó, sin hacer caso de los ojos relucientes y avarientos de su interlocutor cuando reparó en su abultada cartera.

—Jimmy, «el Hurón» —repuso Broun, guardándose apresuradamente el dinero que había recibido, como si temiese que Weining fuera a arrepentirse de habérselo dado—. Es «soplón» de la «bofia» —prosiguió—. Hace tiempo que lo veníamos sospechando. Cometió un robo y estuvo solo unos días detenido. Él dijo que le habían echado de la «gayola» por falta de pruebas, pero seguramente fue porque se prestó a ser «soplón».

—¿Cómo sabes que ha sido él?

—Ha estado husmeando toda la tarde, acercándose a todos los grupos y sacando a colación el suceso, sin que viniera a cuento. Sin duda buscaba sonsacar a quien supiera algo.

—¿Sabes si ha dado ya el «soplo»?

—No lo creo, pero hace más de media hora que salió de aquí.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Esa noticia vale otros cincuenta —dijo Brown, con firmeza, mirando a Weining a la cara.

Este Fue a gruñir algo, pero se contuvo.

—Toma —dijo, sacando el dinero pedido—. Algún día te voy a dejar la «jeta» que no te va a conocer ni tu ama de cría. ¿Dónde está ese Jimmy «el Hurón»?

—En su casa. Vive en una buhardilla en el callejón del Burro. Lo dejé allí haciendo el equipaje para largarse. Va a emprender un viaje de placer.

Sonrió torcidamente al decir esto.

—Llévame allí.

Los dos rufianes salieron de la taberna.



COLECCIONAD
JEQUE BLANCO™

¡Otra serie de cuadernos de magníficos dibujos
y de argumentos emocionantes!

VI

SORPRENDIDO



ABÍA dentro de lo posible que la avenida de los Mirlos fuese avenida con el transcurso del tiempo, pero cuando Denis llegó a ella, no tenía de tal más que los árboles que se alineaban paralelamente en dos líneas separadas unas treinta yardas, dibujando el trazado de la vía.

El lugar no podía resultar más siniestro. Estaba sin urbanizar. La doble hilera de acacias partía de la carretera, y el número diez, que era un chalet cuyo aspecto no pudo ni siquiera adivinar a causa de la oscuridad, estaba situado a unas quinientas yardas de la carretera, a pesar de su bajo número, debido a que abundaban los

solares sin edificar en la misma proporción que escaseaban los edificios.

Frente a él se alzaba una baja tapia de ladrillo, limitando otro solar de grandes proporciones, en el cual se habían empezado ya a acumular materiales de construcción. Más allá no había nada construido. El campo se extendía libre y tenebroso.

No se veía en la casa ninguna luz. Seguramente habían tenido buen cuidado de cerrar bien las ventanas o, tal vez Jimmy «el Hurón» le había engañado. Denis dio la vuelta a la casa, cautelosamente. Estaba rodeada por algo que iba a ser un jardín, pero que en aquel momento no estaba ni siquiera limitado por una pared. Escondido desde detrás de un seto, observó con la mayor atención ante él.

Tan absorto estaba en la contemplación del edificio, que fue demasiado tarde para prevenirse cuando el peligro estuvo sobre él.

Una voz agradable, casi musical, pero fría como el hielo, ordenó:

—No se mueva. Le tengo encañonado. ¿Qué hace usted aquí?

La luz de una linterna le dio de lleno en el rostro. Detrás de ella percibió las siluetas de dos hombres, cuyos rostros no pudo distinguir, deslumbrado por el haz luminoso que le obligaba a entornar los ojos.

—Estaba espionando, ¿eh? —interrogó de nuevo la voz de Claude Lagle—. Le vi cruzar por la parte de atrás observando la casa. ¿Qué le interesa de ella?

Denis siguió sin responder. Ahora sabía que Jimmy no le había engañado. Pero también era inútil lamentarse. Se había dejado sorprender como un novato y no había más remedio que hacer frente a las circunstancias. Después de todo, sólo parecía haber dos hombres.

—No quiere contestar, ¿eh? Está bien. Vuélvase, con los brazos bien altos.

Denis lo hizo así, esperando ser registrado, pero Claude no lo hizo ni tampoco ordenó a Blevins que lo hiciera. Probablemente le tomaban por un vagabundo.

Se sintió empujado por dos pistolas, que se apoyaron desagradablemente en su espalda.

—Adelante.

La luz de la linterna iluminaba el camino. Claude le empujaba

hacia el campo libre y Denis sintió que un escalofrío recorría su medula. Si aquellos bandidos habían volado el «Atlanta», no cabía la menor duda de que no vacilarían en matarle. No podía seguir adelante, no debía apartarse de la carretera. Ésta se encontraba relativamente transitada y era de ella de donde únicamente podía venir alguna ayuda.

Intentó irse desviando hacia ella lentamente, pero la voz de Claude le advirtió que el «gángster» se había percatado de su maniobra.

—Ande derecho, amigo.

Denis gruñó algo y siguió andando en línea recta, mientras pensaba la manera de iniciar la lucha, con cierta ventaja.

De pronto tropezó con una piedra y dio varios traspiés hacía adelante, antes de caer de bruces al suelo.

—No tires, Blevins —grité Lagle—. Ha tropezado. Estamos muy cerca aún de la carretera.

Denis supo sacar partido del accidente y permaneció tendido en el suelo, boca abajo, hasta que los dos hombres estuvieron a su lado. Entonces comenzó a incorporarse, lentamente.

—Vamos, dese prisa —gruñó Lagle.

Denis se tambaleó y estuvo a punto de caer de nuevo. Blevins le agarró instintivamente por un brazo y hasta Lagle se sintió humanizado.

—Ha debido golpearse en la cabeza —dijo—. Ayúdame a arrastrarle.

Denis entreabrió los ojos, mientras se dejaba caer a plomo encima de sus aprehensores. Lagle se había guardado la pistola y le sostenía por un brazo, al mismo tiempo que seguía alumbrando con la linterna, pero Blevins conservaba el arma en la mano derecha.

Denis se dejó arrastrar como una masa inerte, pero los dos hombres se detuvieron en seguida, jadeando.

—¡Rayos, cómo pesa! —masculló Blevins—. ¿Por qué no le atizamos aquí mismo?

—Vamos a tener que hacerlo —repuso Lagle.

Denis no podía esperar más. De un brusco tirón se desprendió de las manos de sus captores. Blevins lanzó un grito y levantó la pistola, pero el agente no le dio tiempo a utilizarla. Su puño de hierro se estrelló contra el abdomen del forajido, obligándole a

doblarse hacia adelante con un rugido de dolor. Luego, al mismo tiempo que Lagle se le venía encima, le propinó un puntapié en la muñeca que sostenía el arma, obligándole a soltarla.

Lagle llegó como una fiera, derribándole al suelo, pero Denis pudo ponerse a gatas y Lagle cayó encima de él, derribándole de nuevo con el impulso de su lanzamiento. Sin embargo, Denis consiguió esquivarle en parte. El cabezazo de Lagle, dirigido a su costado, no le alcanzó y, a su vez, logró colocar un buen impacto en la cabeza del «gángster», sintiendo una sacudida en el puño.

Se estaba incorporando, cuando Blevins cayó sobre él a toda marcha, alcanzándole con una llave que le hizo tambalearse, pero pudo conservar el equilibrio y le devolvió el golpe por otro al ojo izquierdo, en el que puso todas sus fuerzas.

No esperó a ver el efecto, sino que salió corriendo hacia la carretera, deseando alejarse de aquellos lugares. No tenía el menor deseo de ser atrapado de nuevo, porque si le registraban y encontraban la placa y la documentación del

F. B. I.,

no iba a pasarlo nada bien. Seguramente habría más hombres en la casa, que no dejarían de tomar parte en la lucha, y aquello no le convenía de ninguna de las maneras.

El terreno era llano enteramente y no había más sitios dónde poder ocultarse que los delgados árboles de la avenida, porque los demás chalets estaban muy lejos aún. Apretó los codos contra los costados y corrió como un gamo hacia la carretera, oyendo tras él violentas interjecciones.

La carretera estaba cerca. Un esfuerzo más y habría llegado a ella. Era cuestión de segundos. A sus espaldas seguía oyendo los rugidos e imprecaciones de sus perseguidores.

Los árboles desfilaban hacia atrás, hasta que al fin alcanzó la carretera. En ella, la iluminación era mayor, porque Boston estaba cerca. Aquello representaba una ventaja para Denis, pero también podía ser un peligro.

Sin pararse a meditarlo corrió velozmente, como nunca lo había hecho. Mirando hacia atrás, percibió a Lagle, que le iba a los alcances, y a Blevins, un poco retrasado. Mucho más lejos comenzaba a proyectarse en el cielo la luz de los faros de un coche que se acercaba.

De pronto oyó un estampido a sus espaldas y sintió su brazo izquierdo traspasado por un dardo de fuego. Siguió corriendo, pero notó que le disminuían las fuerzas, a pesar de lo cual hizo un esfuerzo sobrehumano, para evitar hundirse en la nada.

Los pasos de Lagle repercutían ya en sus oídos, confundidos con los suyos. Adivinó que le encañonaba de nuevo, para disparar otra vez, y aquello sería su muerte, porque era imposible fallar el disparo a aquella distancia, de forma que se volvió de pronto, saltando en seguida hacia la cuneta.

El nuevo disparo del gánster surgió a diez yardas de él. El proyectil pasó silbando lúgubrementemente junto a su oído hasta hundirse en la oscuridad, y el «gángster» llegó a su lado, lanzado como una tromba, sin darle tiempo a sacar su arma.

Denis se aferró desesperadamente al brazo del forajido, impidiéndole disparar. Durante unos segundos, los dos hombres forcejearon por la posesión del arma, pero la pugna fue resuelta por Blevins, que llegó en seguida a su lado.

Sin vacilar un momento se agachó hacia el suelo y se enderezó de nuevo con una piedra en la mano, que dejó caer con fuerza sobre la cabeza de Denis, acercándose a él por la espalda.

El agente cayó al suelo, mientras la sangre resbalaba hacia su cara y sus hombros.

—Dale ahora, Lagle. Dale —rugió Blevins, con saña.

Éste dudó un momento. La luz de los faros de un coche cayó sobre ellos, al volver una curva de la carretera, al mismo tiempo que el «claxon» sonaba repetidas veces, advirtiéndoles para que se apartasen.

—Vámonos, Blevins —decidió Claude—. No nos conviene hacerlo aquí...

El automóvil se echaba encima. Los dos rufianes se perdieron a un lado de la carretera, dejando casi en el centro de ésta el cuerpo inanimado de Denis.

El automóvil se detuvo a su lado con un chirriar de frenos. Un hombre se apeó de él, corriendo hacia el muchacho. Se arrodilló a su lado y luego se volvió hacia el coche.

—Baja, Raymond —dijo—. Este hombre está herido.

Entre él y otro hombre que se apeó del coche a su llamada, transportaron al automóvil a Denis, dejándole recostado en el

asiento posterior del mismo, y en seguida continuaron su marcha hacia la ciudad.

Estaban entrando en ella, cuando Denis recobró el conocimiento. La luz de la población llegaba a él fugazmente a través de las ventanillas del coche. En seguida recordó lo ocurrido y se incorporó en el asiento.

—Oiga... —dijo, con voz ronca—: haga el favor de parar.

El hombre que iba sentado junto al conductor volvió la cabeza.

—Le llevamos a un hospital —dijo.

—Pare aquí mismo... Ya les he dado demasiadas molestias y...

Tuvo que imponerse, para que aquellos dos hombres detuviesen el coche. Cuando lo hicieron, saltó a tierra y se acercó a la ventanilla, tambaleante.

—Perdonen si les parezco grosero —dijo—; pero tengo que volver allí.

—¿Volver allí? Está usted loco. Le matarán.

—Es posible, pero debo ir. Sin embargo, pueden hacer algo por mí, si quieren. Llamen a este teléfono —continuó, entregándoles un papel, en el cual escribió una cifra—. Es del inspector Crethers, del F. B. I.

Díganle que vaya en seguida a la avenida de los Mirlos, número diez. Agreguen que el agente Houston está allí vigilando y pongan de su cosecha cuánto deseen.

Los dos hombres le vieron alejarse de nuevo hacia la carretera.

—Es del

F. B. I.

—murmuró uno de ellos.

—Así se explica su desprecio a la muerte —repuso el otro.

Denis recorrió la distancia que le separaba de la avenida lo más aprisa que sus heridas le permitían. Al llegar cerca de ella, luchando por sobreponerse al mareo, su avance se hizo más cauteloso. No se atrevió a avanzar por entre la doble hilera de acacias, pensando que tal vez sus enemigos estarían al acecho.

Se encontraba aproximadamente en la mitad de la avenida, cuando un vehículo, procedente de Boston, entró en ella. Tuvo el tiempo justo de aplastarse contra el suelo, antes de que le envolviese la luz de los faros, y el «taxi» pasó junto a él, resonando sus ballestas al hundirse las ruedas en los innumerables baches del

camino.

Desde el lugar en que se encontraba vió cómo el «taxi» se detenía junto a la puerta del chalet que él estaba vigilando. Dos hombres se apearon de él y entraron en la casa. No pudo distinguirlos bien a causa de la distancia, pero tuvo la intuición de que uno de ellos no había ido allí por su voluntad.

El «taxi» pasó de nuevo junto a él, de regreso a Boston. Denis intentó seguir avanzando, pero un sudor frío le invadió y las piernas se negaron a sostenerle. Sus ojos se negaban a seguir abiertos y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no perder de vista aquel chalet, mientras se preguntaba cómo se las arreglarían los «gangsters» para salir de él.

El tiempo no tenía ahora valor. Los minutos pasaban sin que Denis tuviera conciencia de ello. Estaba apoyado en un árbol, mirando fijamente a la casa, procurando sobreponerse al dolor de sus heridas y a la debilidad que aumentaba por segundos.

Al fin no pudo más. Sus ojos se cerraron, resbaló a lo largo del tronco, como un cuerpo muerte, y quedó tendido en el suelo. De lo último que tuvo noción fue de haber oído el tañir de una campana junto a él y la luz de otro coche rasgando la noche, en marcha hacia el chalet.

Acompañado del «Feliz» Brown, Weining abandonó la taberna. Se había olvidado, por el momento, de sus proyectos de telefonear a Lagle. El ansia de dar su merecido a Jimmy «el Hurón» hacía hervir su sangre, mientras avanzaba al lado de Brown a través de oscuros y retorcidos callejones, hasta llegar a otro, más retorcido, oscuro y siniestro que los anteriores.

En la entrada del callejón debió existir en tiempos una bombilla, pero seguramente había sido destrozada por los poco recomendables vecinos de aquellas latitudes, para quienes la luz constituye un enemigo mortal.

Brown se detuvo ante un portal, débilmente iluminado por una pequeña bombilla, tan cubierta de polvo que parecía negra.

—Aquí es —dijo—. Sube hasta la buhardilla y llama a la puerta de la derecha.

—Sube delante —gruñó Weining.

Brown fue a protestar, pero el bulto que percibía en el bolsillo de la chaqueta del «gangsters», mayor del que correspondía a una

mano metida en él, ahogó sus protestas.

La escalera era estrecha y mal iluminada y estaba envuelta por un hedor a humedad y falta de limpieza que hizo fruncir las narices a Weining, al ofender su delicado olfato, refinado por el uso de los perfumes que podía adquirir con el producto de sus crímenes.

Sus figuras se recortaban contra la pared, siniestras, amenazantes, a la luz opaca de la candileja de la escalera, hasta que al fin llegaron arriba. El techo era tan bajo que el sombrero de Weining casi le rozaba. Había una puerta a cada lado y por debajo de la de la derecha se filtraba una línea de luz.

—Llama a la puerta —susurró Weining al oído de Brown—. A ti te conoce y te abrirá. Luego lárgate, antes de que te estropee esa cochina cara que tienes.

Brown, temblando de miedo, hizo lo que el «gángster» le ordenaba. El trajín que se percibía dentro de la habitación cesó en seguida y la luz se apagó. Brown llamó de nuevo, permaneciendo en tensa espera.

—Jimmy, Jimmy —llamó, pegando la boca a la madera—. Soy yo, Brown. Abre la puerta. Tengo algo que decirte.

La puerta se abrió unas pulgadas. Weining, que estaba pegado a la pared, incrustado en las tinieblas, se lanzó hacia adelante, rechazando a Brown violentamente hacia un lado. «El Hurón» se apercibió en seguida de su maniobra, pero ya era tarde. El enorme pie de Weining se interpuso entre la puerta y el quicio. En seguida aplicó a la madera sus poderosas espaldas y la abrió, rechazando hacia atrás a Jimmy «el Hurón», que presionaba sobre ella desde dentro. Intentando cerrarla.

El hampón intentó escurrirse hacia la puerta, aprovechando la oscuridad: pero Weining previó su movimiento y permaneció cerrando la salida con su enorme corpachón, contra el cual fue a estrellarse la exigua humanidad de Jimmy.

El «gángster» dio la luz. Jimmy se ovilló en un rincón, como una rata acorralada que sabe lo que le espera. Weining avanzó hacia él llevando en el rostro una torcida sonrisa.

—Conque dando soplos a la «Poli», ¿eh? —dijo.

Los aterrados ojos del «Hurón» vieron descender sobre él, a velocidad de vértigo, el puño de Weining. El golpe le desencajó la mandíbula inferior y, exhalando un grito de dolor, se derrumbó en

el suelo sin conocimiento.

Weining se apresuró a actuar. Había perdido ya demasiado tiempo y tal vez la Policía estaría ya rodeando el chalet y luchando contra Claude y Blevins. Una botella de vino semi llena, que vio sobre la desvencijada mesa, junto a una mugrienta maleta, medio llena de ropa sucia, le dio una idea.

Derramó el contenido de la botella sobre Jimmy, se echó el cuerpo de éste al hombro, apagó la luz y salió de la buhardilla. Por dos veces estuvo a punto de rodar por la escalera, a pesar del liviano peso del hombre que llevaba encima, pero al fin logró alcanzar la calle y se lanzó presuroso por ella, hasta llegar a sitios más concurridos.

Dos hombres pasaron a su lado.

—¡Vaya peste a vino, compañero! La ha cogido buena su amigo, ¿eh? —comentó uno de ellos.

Weining sonrió, comprensivo. Los otros debieron tomarle por una especie de buen samaritano que llevaba a casa a un amigo vencido por el alcohol.

Detuvo un «taxi» que se deslizaba a su lado, por la calzada, abrió la portezuela y depositó el cuerpo del «Hurón» en el asiento posterior, sentándose a su lado y dando al conductor unas señas.

El «taxi» se puso en marcha, hacia el camino de Chelsea, por el cual se lanzó, hasta llegar a un punto en que un camión, situado casi en el centro de la carretera, les estorbaba el paso.

Weining se asomó por la ventanilla. Dos hombres estaban inclinados sobre el motor del camión y otros cinco o seis, un policía uniformado entre ellos, danzaban a su alrededor.

—¿Qué ocurre? —preguntó el conductor del «taxi».

El guardia se acercó a ellos, diciéndole que acababan de sacar un coche del río y que el conductor había muerto. Por otras explicaciones que les dio el policía, Weining comprendió que era el coche de Brannan, y entonces se explicó la tardanza de éste.

Estaba casi seguro de que la Policía no habría llegado aún al chalet, pero urgía obrar con rapidez si no querían ser cazados como conejos.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó el «cop» mirando a Jimmy—. Un borracho, ¿eh? Siga adelante —dijo al chofer.

El taxi se deslizó despacio junto al camión, que ocupaba casi

toda la anchura de la carretera.

—Vaya más de prisa —gruñó Weining.

El chofer pisó el acelerador. Minutos después tomaba por la avenida de los Mirlos, obligando a Denis a aplastarse contra el suelo, para evitar verse envuelto por la luz de los faros.

Lagle estaba en el vestíbulo, paseando nerviosamente, cuando Weining entró en la casa, con Jimmy al hombro, cerrando la puerta tras él.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó, extrañado, señalando a Jimmy, a quien Weining acababa de tirar encima de un diván.

—Un «soplón»... traidor... —masculló Weining, alterado—. ¿No decías que no había que preocuparse por la tardanza de Brannan? Pues escucha: hemos de irnos inmediatamente de aquí. La «Poli» estaba esperando a Brannan en el garaje cuando fue a buscar el coche y le siguió. No sé lo que ocurrió, pero el caso es que Brannan cayó al río con el coche. Lo acaban de sacar. No tardaremos en tener encima a la Policía y al

F. B. I.

Ha sido esa rata de alcantarilla quien... —continuó mirando a Jimmy—. Mira, ya vuelve en sí.

Jimmy se pasó la mano por el rostro. La mandíbula inferior, desencajada, daba a su rostro cierto aspecto hurón, aunque sus ojos reflejaban el pánico que le invadía.

Lagle había palidecido, hasta ponerse casi ceniciento. Acercándose al «Hurón», le obligó a sentarse en el sofá, cogiéndole por las solapas.

—Escucha, sapo asqueroso —masculló con los dientes apretados, sacudiéndole con rudeza—. Ahora mismo vas a decirme lo que has «soplado» a la Policía o te juro que te voy a... ¿Qué les has dicho?

Jimmy se sintió sacudido por un temblor mortal. Presentía que había llegado su fin. Aquellos individuos se habían enterado de su declaración y él sabía quién se lo había dicho. Habría dado cualquier cosa por estar a solas unos minutos con «el Feliz» Brown.

No intentó disculparse, porque sabía que era inútil. Si pudiera ganar tiempo y dar lugar a la llegada de los del

F. B. I.

Sabía que Denis Houston no podía tardar.

—Ellos me obligaron... —murmuró, con voz ronca.

—¿Te obligaron? Perro sarnoso..., comedor de basura..., hijo de perra... —masculló Weining—. ¿Qué les has dicho?

—No puedo hablar así —repuso Jimmy, señalando su dislocada mandíbula.

—No, ¿eh? —rugió Weining—. Pues toma... A ver si vuelve a su sitio.

El violento puñetazo lanzó al «Hurón» por encima del respaldo del sofá, dejándole sin sentido otra vez, detrás del mueble.

—Hemos de salir de aquí —dijo Lagle. Relató a Weining lo ocurrido con Denis pocos minutos antes de su llegada, y agregó—: Seguramente era un vagabundo; pero, de todas formas, es peligroso seguir aquí. Lo que no sé cómo vamos a poder salir... Seguramente las carreteras estarán bien vigiladas.

—Vamos a campo traviesa hasta el pueblo más próximo —sugirió Weining, sintiendo que un frío sudor emanaba de todos los poros de su cuerpo.

Lagle no contestó. Medía el vestíbulo a grandes zancadas, dando puntapiés a las sillas que encontraba en su camino. Weining no le interrumpió, porque sabía que estaba en uno de sus momentos de furia y cuando Lagle se ponía así lo mejor que se podía hacer era dejarle en paz.

De pronto, el rostro de Claude se iluminó con una sonrisa.

—Ya lo tengo, Weining —dijo deteniéndose ante éste—, por muchos controles que haya en la carretera, nadie osará detener a un coche de muerto.

—No te comprendo.

—Ni falta que hace. Yo sé bien lo que me digo.

Se encaminó hacia el teléfono, abrió la guía en la cual buscó durante un rato y marcó un número tras descolgar el auricular.

Alguien le contestó en seguida.

—Oiga —repuso Lagle—: ¿Es la funeraria de Smith-Smith?... ¿Sí? Llamo desde la avenida de los Mirlos, número diez. Desearía que me enviasen una furgoneta para trasladar un cadáver a Nueva York. Se trata de mi hermano. Ha fallecido hace unas horas... ¿Qué? Sí, sí. Todos los papeles están en regla... No importa lo que cueste, pero me interesa que la envíe cuanto antes... ¿Unos quince minutos?... Está bien, pero no tarden más.

Colgó el auricular y se volvió hacia Weining, que sonreía,

comprendiendo al fin.

—Vamos a prepararlo todo. Dentro de quince minutos estará aquí la furgoneta de la funeraria. Supongo que a nadie se le ocurrirá mirar dentro de ella.

El vehículo llegó antes de los quince minutos previstos. Dos hombres, cubiertos con largos guarda polvos negros se apearon de ella. El chofer permaneció sentado al volante.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó uno de los hombres que portaban la camilla.

—Arriba —repuso Lagle, sonriendo con malsana alegría.

—¿Quiere mostrarme los papeles?

—Naturalmente —repuso Lagle, mientras Weining se escurría hacia la puerta—. Aquí están —agregó, sacando una pistola, que blandió ante los ojos asombrados de los empleados de la funeraria—. Supongo que se habrán convencido de que todo está en regla.

Uno de los empleados comenzó a protestar.

—Cállese o será usted quien necesite el certificado de defunción —dijo Lagle con voz sibilante, y el empleado cerró la boca, palideciendo de miedo.

Blevins apareció en lo alto de la escalera, ayudando a bajar a Pickard que se apoyaba en él. Weining abrió la puerta y los tres salieron.

—Ahora ustedes, fuera —ordenó Lagle.

Weining encañonó al sorprendido conductor, mientras Lagle y Blevins vigilaban la colocación de Pickard en el interior del vehículo por los empleados de la funeraria. Una vez estuvo realizada la operación, obligaron a los dos hombres a entrar también en ella. Y la cerraron por fuera.

—Blevins —ordenó Lagle—. Vigila bien al chofer, Weining y yo tenemos algo que hacer todavía.

«El Hurón» continuaba sin sentido detrás del sofá cuando los dos hombres entraron de nuevo en la casa.

—Despabilale —dijo Lagle—. Quiero que se entere bien de lo que vamos a hacer con él.

Weining sacudió con rudeza el cuerpo del «Hurón». Luego le agarró del cuello de la chaqueta y lo arrastró sin ningún miramiento hasta el centro del vestíbulo. Lagle estaba ya en el piso de arriba y una cuerda pendía de la parte superior de la escalera.

Jimmy abrid los ojos. Su mirada tropezó con la cuerda que se balanceaba suavemente en el aire, como un siniestra aviso de lo que le iba a suceder.

—No..., no —gritó, haciendo desesperados esfuerzos por desasirse de la manaza de Weining que le atenazaba por el cuello—, no... Yo no tuve la culpa... Ellos me obligaron...

El resto de sus palabras murió en un gorgoteo siniestro, al apretarle Weining la garganta con ferocidad.

Tuvo que asir fuertemente el cuerpo del «Hurón», que se retorció como una serpiente, poniendo a contribución toda la fuerza de sus músculos y sus nervios para intentar huir de su destino. Lagle tuvo que ayudarle a izarlo. Luego se subió en una silla y pasó el nudo corredizo por el cuello del hampón.

—Suéltale ya, Weining.

Éste obedeció. Jimmy se llevó ambas manos al cuello, intentando introducirlas entre la carne y el dogal que le aprisionaba, pero Weining, sonriendo brutalmente, le asió por ambos pies tirando fuertemente de ellos hacia abajo, anulando así el esfuerzo del «Hurón» a causa de la enorme tensión de la cuerda en torno al cuello del desdichado.

Jimmy pataleó unos instantes en el aire, mientras de su boca sallan sanguinolentos espumarajos, mezclados con inarticulados sonidos que parecían ser maldiciones contra sus verdugos; pero al fin, el pataleo cesó, los ojos parecieron querer salirse de las órbitas, y el rostro, congestionado, tomó un tinte violáceo, y la lengua, grande, seca, de color pálido verdoso, surgió de entre sus labios.

Weining no pudo reprimir un gesto de repugnancia, mientras Lagle reía a mandíbula batiente.

—Parece que nos hace burla —comentó.

De pronto dejó de reír, se acercó al cadáver de Jimmy y le hundió el puño en el vientre.

—¡Toma, traidor! —Gruñó—. Esto es lo que se merecen los piojosos soplones como tú.

—Vámonos, Lagle —le avisó su pálido compañero—. Estamos perdiendo el tiempo.

—Aún he de hacer otra cosa. He estado preparando un regalito para la «Poli» con un poco de trilita que sobró de lo del «Atlanta».

Vete, Weining. Yo iré en seguida.

Weining salió. Lagle se unió a él a los pocos minutos y se sentó junto al conductor.

—¿Qué has estado haciendo? —inquirió Weining.

—Colocando un juguete para el primero que cruce la puerta —repuso Lagle, y Weining lanzó un resoplido—. Vamos, mocito. Tira para Nueva York —continuó Lagle, dirigiéndose al conductor—. Y saca a este cacharro el mayor rendimiento posible. En cuanto estemos en la carretera le quiero ver volar a sesenta millas por hora.

—No... po... dré hacer más... de cuarenta —repuso el conductor.

—Pues vas a hacer sesenta o te vuelo de un tiro esa cara de idiota que tienes —masculló Lagle.

El chofer tragó saliva y pisó el acelerador, sintiendo en sus riñones la presión de la pistola de Claude Lagle.



AVENTURAS DEL F. B. I.

¡NO TIENEN RIVAL!
¿POR QUE? PORQUE LAS DEFIENDEN
Jack, agente del F. B. I.; **Bill Boy**, un muchacho
como hay pocos, y **Sam**, el hombre de la risa.
EN LOS MEJORES QUIOSCOS DE ESPAÑA

VII

PERSECUCIÓN



RES coches de la Policía se deslizaban veloz y silenciosamente hacia el barrio de Chelsea.

Crethers iba en uno de ellos, hablando, excitadamente a Lauglin. Otros dos agentes del P. B. I.,

con los rostros serios, iban con ellos. Detrás del vehículo otros dos, repletos de policías, se esforzaban para no despegarse del primero.

Estaban casi en el centro de la avenida de los Mirlos, cuando Crethers ordenó detenerse. Lauglin y él se apearon del coche y

examinaron el terreno. Detrás de ellos comenzaron a surgir más policías, que comenzaron a moverse como sombras entre las acacias.

El chalet se levantaba ante ellos como una mole sombría.

—No aparece Denis —murmuró el Inspector—. Esto me da mala espina. ¿Me habrá engañado el hombre que me llamó por teléfono?

Como respondiendo a su pregunta, un agente se acercó a ellos.

—Hay un hombre sin sentido junto a un árbol —dijo.

Crethers y Laughlin le siguieron, arrodillándose al lado de Denis, que comenzaba a recobrar el conocimiento. La luz de una linterna, protegida por una tela negra, cayó sobre su pálido rostro, lleno de sangre, y el inspector no pudo evitar una exclamación.

—¡Cielos! Cómo te han puesto, ¿qué ocurrió, muchacho?

—No es hora de explicarlo —dijo Denis con voz débil—. ¿Tienen algo de beber?

Uno de los agentes acercó a sus labios una botella. Era alcohol puro lo que había dentro de ella, Denis notó una sensación abrasadora en la garganta, pero se sintió mejor.

—¿Están aún allí? —preguntó Crethers.

—No lo sé. Supongo que sí. Debo de llevar mucho tiempo sin sentido —contestó Denis.

Ayudado por dos agentes, se puso en pie. Las piernas le temblaban aún y le parecía que todo giraba a su alrededor.

—Deme otro trago —pidió.

—Llévadle a un coche —dijo Crethers.

—Nada de eso. Yo voy con ustedes. Tengo una deuda pendiente con esos individuos.

Sobreponiéndose a su cansancio y protestas de Crethers, Denis avanzó con ellos hacia el chalet. Crethers distribuyó convenientemente sus hombres, y seguido de Laughlin, se acercó a la puerta.

La casa tenía unas veinticinco yardas de fachada. Constaba de dos pisos, y un balcón corría por toda la fachada, a la altura del segundo. La entrada estaba protegida por un pequeño porche en el cual no brillaba luz alguna. De las ventanas del edificio tampoco partía el menor vestigio de luz.

Denis adivinó en la atmósfera de silencio que les rodeaba algo trágico que no podía precisar. Le parecía que varios pares de ojos

espiaban sus movimientos desde las ventanas de la casa, pero esta impresión se desvaneció cuando Martin avanzó hacia la puerta, poniendo la mano sobre el artístico llamador metálico, porque la puerta cedió en seguida.

Bart fue a penetrar en la casa, pero Denis le contuvo.

—Espera —dijo—. Esa puerta abierta me da que pensar.

Buscó algo con la vista. El haz de su linterna recorrió el jardín y las paredes de la casa, hasta detenerse en un largo palo, apoyado en un árbol, que tenía unas tijeras de podar sujetas en uno de sus extremos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Laughlin.

—Una vez dos compañeros y yo vimos una puerta abierta. Nos colamos por ella sin pensarlo e hicimos un viaje aéreo del cual aterrizamos en un hospital, con menos carne y menos sangre que antes de emprender el vuelo —repuso el agente—. Desde entonces siento una desconfianza enorme hacia las puertas que se abren con tanta facilidad.

Crethers sonrió y aprobó con la cabeza la manera de actuar de Denis.

Éste se situó frente a la puerta con el palo y la empujó ayudado por Bart, mientras Laughlin, Crethers y otros agentes permanecían a algunos pasos de distancia.

Apenas se había abierto la puerta la mitad de su recorrido, cuando una terrible explosión sobrevino en el interior de la casa. A través de la abertura de la puerta los cuatro hombres percibieron el cárdeno resplandor de la explosión, al mismo tiempo que la hoja era proyectada violentamente hacia el exterior, hecha añicos.

Inmediatamente sonaron varios silbatos y algunos agentes se acercaron a ellos. Denis había sido lanzado de espalda al suelo, pero no había sufrido ningún daño, pero Martin había sido alcanzado en el rostro por una astilla de la puerta, que le produjo una profunda herida a lo largo de la mejilla derecha.

—Bonita recepción nos habían preparado —dijo Crethers.

—Tenía la impresión de que iba a volar por segunda vez sin aparato si entraba ahí en seguida —comentó Denis, levantándose del suelo—. No podía dejar de pensar en que esto sería un juego de niños para quienes volaron un acorazado.

Martin se apretó un pañuelo contra la cara.

—A poco me lleva un ojo —comentó.

Por el hueco de la puerta surgían leves columnas de humo acre y espeso, a través del cual Denis, Crethers y Laughlin se lanzaron al interior de la casa, pistola en mano.

—Cuidado, Denis —advirtió el Inspector.

—No creo que haya nadie dentro —repuso aquél.

Pero se equivocaba. Nadie disparó contra ellos cuando cruzaron la puerta, pero los chorros de luz de las linternas que iluminaron el espacioso vestíbulo se posaron sobre un cuerpo humano que colgaba frente a ellos, suspendido del cuello por una cuerda.

Antes de que la luz de las linternas iluminase el rostro cádeno del hombre, Denis sabía quién era. Y la trágica mueca que «el Hurón» le hacía desde la altura parecía acusarle a él de ser el causante de su muerte.

—¡Gran Dios! —murmuró Laughlin—. ¿Quién será este hombre? ¿Por qué lo habrán ahorcado?

—Era un confidente llamado Jimmy «el Hurón» —repuso Denis—. Le han ahorcado porque Fue quien me dijo dónde podía encontrarlos. ¡Pobre diablo! Pensaba ausentarse de Boston, pero no le dieron tiempo.

El registro del chalet demostró, sin el menor género de dudas, que había estado ocupado durante varios días por algunos hombres, pero fuera de eso no se encontró el menor indicio que les permitiese conjeturar hacia dónde habían dirigido sus pasos aquellos peligrosos y escurridizos individuos.

—Están demostrando tener cerebro —gruñó Crethers, situándose junto a Denis, a quien un policía estaba vendando la herida del brazo.

—¿Cómo va eso, muchacho?

—Bien. Es sólo un rasguño, pero la cabeza me duele como si me la estuviesen barrenando.

—Es cosa de un momento —dijo el agente del botiquín—. En seguida empezarán a obrar los comprimidos que ha tomado.

Habían sido encendidas las luces del vestíbulo y descolgado el cuerpo del «Hurón», que permanecía tendido en el suelo. Denis estaba furioso. No sentía el menor remordimiento por su muerte. Tarde o temprano ésta tenía que llegar para aquel hombre, dado el peligroso juego que se traía entre manos, pero le sublevaba el

pensamiento de que habían llegado tarde por escasos minutos.

Como un león enjaulado deambulaba por el amplio vestíbulo, mirándolo todo, tratando de recordar algo que había oído antes de sumirse en la inconsciencia.

Fueron las palabras de Crethers las que se lo trajeron de nuevo a la memoria.

—Lo que no me explico —se lamentaba el inspector— es por qué medios han conseguido huir. No creo que se hayan marchado andando, con un herido a cuestas. Tienen que haber robado un coche o algo por el estilo.

Denis se dio una palmada en la frente.

—Ya lo tengo, inspector —dijo.

—¿Qué es lo que tienes?

—Quiero decir que ya sé cómo se han largado. En una ambulancia o algo semejante.

Crethers y Lauglin le miraron como si estuviera loco.

—No me miren así —dijo Denis, sonriendo—. Antes de perder el sentido oí algo así como el tañer de una campana y un coche se acercó al chalet. Ya no me acuerdo de más.

—Pues no es mucho que digamos —gruñó Crethers.

—Podemos llamar a los controles. Quizá en alguno nos digan si acaba de pasar una ambulancia...

El gesto de desaliento de Crethers le impidió continuar, pero no por eso se desanimó.

El teléfono estaba en un rincón. Denis descolgó el auricular y fue a marcar un número, cuando la guía, abierta sobre un pequeño pupitre adosado a la pared, junto al aparato, atrajo su atención.

Estaba abierta por la página de industrias correspondiente a las pompas fúnebres. Aquello parecía reforzar su opinión y le hizo cambiar de táctica.

Hasta la cuarta llamada no localizó a la agencia que había enviado la furgoneta.

—Sí, señor —repuso alguien, contestando a su pregunta—. La furgoneta salió para allá hace más de media hora. No me explico cómo no ha llegado todavía.

Denis sonrió triunfalmente.

—Oiga, la furgoneta ha llegado hace tiempo repuso. —No se trata de hacer ninguna reclamación. Soy del

F. B. I.

Deme las características del vehículo.

El empleado de la funeraria se las dio.

—¿Con qué pretexto la pidieron? —preguntó Denis.

—Dijeron que era para trasladar un cadáver a Nueva York. Es muy corriente esta clase de peticiones y no nos extrañó.

—¿Por qué suponía que no había llegado aún aquí?

—Creí que se trataba de eso. Cuando los coches no se contratan en nuestro establecimiento, enviamos con ellos a dos empleados, que se encargan de meter el cadáver en la furgoneta y cobrar el servicio por adelantado, ¿comprende? Bien; pues estos empleados no han regresado aún.

Denis colgó el auricular y se volvió hacia Crethers y Lauglin con una clara expresión de triunfo en el semblante.

—¿Cómo saldrían ustedes de Boston sin que nadie les molestase? —preguntó.

—¿Quieres dejar de hacer preguntas y decirnos qué es lo que ha ocurrido? —le increpó, amoscado, Crethers.

—Pues está ocurriendo que a estas horas los hombres que buscamos están camino de Nueva York..., o de cualquier otro sitio —repuso Denis.

En pocas palabras les explicó su conversación con el empleado de pompas fúnebres. Crethers tornó a mascullar su pintoresco y nutrido repertorio de maldiciones; pero en seguida volvió a ser dueño de sí mismo y salió disparado hacia los coches, seguido por los demás.

—Lauglin, no vengas con nosotros —le dijo, sentado ya en uno de los automóviles, a cuyo volante se había colocado Denis—. Avisa por radio o por teléfono a los pueblos que hay alrededor de Boston para que detengan esa furgoneta.

Las últimas palabras las dijo a gritos, para que Lauglin pudiese oírlas, porque el coche había dado ya la vuelta y salido de estampida, bajo las expertas manos de Denis.

Unos minutos después abandonaban la carretera de circunvalación y enfilaban como una exhalación la de Nueva York. Ninguno de los dos hombres pronunciaba una sola palabra. Denis estaba atento sólo al volante, con los nervios en tensión, procurando sacar del coche el mayor partido posible, mientras Crethers miraba

ceñudo ante él.

De pronto, Denis dio un frenazo. Una figura vacilante había salido a la carretera, surgiendo, de pronto, a la luz de los faros, y sólo la serenidad de Denis evitó el atropello.

Un hombre, llevándose ambas manos a la cabeza, avanzó hacia la ventanilla, con el rostro lleno de sangre.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Denis. Y al fijarse en el blusón negro del individuo, se lo supuso—. Al fin se desembarazaron de ustedes, ¿no es así?

El individuo afirmó con la cabeza.

—Suba al coche. Por el camino nos explicará.

El hombre les relató lo sucedido, con voz entrecortada por el miedo, al comprobar la velocidad con que el coche de la Policía se deslizaba sobre el asfalto.

—¡Cuidado! —gritó una vez—. Vamos a estrellarnos.

El coche tomó una curva sobre dos ruedas que gimieron bajo su peso. El empleado de la funeraria continuó su relato.

—Nos obligaron a apearnos de la furgoneta. Uno de ellos se puso el uniforme del chofer y el otro el de Boyer. Luego nos derribaron a culatazos.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—¡Dios mío! Ni siquiera lo sé. Yo juraría que hace siglos.

Un farol se agitó ante ellos, haciéndole señas para que se detuviesen. Habían llegado al control instalado en la carretera por Crethers, donde se examinaban los documentos de todos los coches que sallan de Boston. Un policía de uniforme se acercó al coche, saludando a Crethers.

—¿Cuánto tiempo hace que ha pasado por aquí una furgoneta de pompas fúnebres? —preguntó el inspector, tras devolverle el saludo.

—Una media hora —repuso el agente—. Siguió en dirección a Nueva York.

—Está bien. Hágase cargo de este hombre. Usted, apéese y dígame al agente dónde están sus compañeros —se dirigió otra vez al policía y le dijo—: Telefóne al inspector Laughlin y dígame puede retirar los controles. Son inútiles ya.

Denis pisó el acelerador en cuanto el empleado de pompas fúnebres puso el pie en el suelo.

Hablan recorrido una milla cuando Crethers soltó el chorro de la

Indignación que le consumía:

—¡Maldita sea! ¿Has visto el gesto de estupidez de ese agente? Cualquiera diría que tú y yo nos estamos divirtiendo en grande esta noche —hizo una pausa y prosiguió—: En cuanto le hablas a la gente de espionaje o sabotaje, te miran como si estuvieses loco. Están convencidos de que nuestro país es el más poderoso del mundo, que no conciben que las historias de espionaje que ven en el cine puedan ocurrir aquí también.

Miró hacia adelante, pensativo. Denis creyó que se callaría una vez desahogada su Indignación, pero no Fue así.

—Y; sin embargo, por eso mismo estamos más expuestos que nadie a estos actos de sabotaje. El resto de las naciones tiene bien poco o nada que perder, y en cambio tienen que intentar rebajar nuestra potencia acudiendo a los medios que sea...

En esta forma continuó perorando por espacio de unos minutos, sin conseguir más que algunos gruñidos por parte de Denis. Los pueblos iban quedando atrás, y en algunos de ellos les informaron que iban por el buen camino y que ganaban tiempo a la furgoneta que perseguían, lo cual animaba visiblemente a Crethers. En una ocasión, un celoso motorista de carreteras se lanzó tras ellos, haciendo sonar la sirena, pero bastó el repetido guiño de la luz posterior del coche para que abandonase la persecución, mascullando protestas contra «los tíos del

F. B. I.,

que siempre llevan demasiada prisa».

A lo lejos surgieron las luces blancas y verdes de un surtidor de gasolina. El empleado del mismo estaba en el centro de la carretera, haciéndoles señas con los brazos para que se detuviesen. Denis aplicó los frenos y el coche se clavó a pocos pasos del hombre, que corrió hacia ellos.

—¿Alguno de ustedes es el inspector Crethers? —preguntó.

—Yo soy. ¿Qué quiere usted?

—Llevo aquí diez minutos esperándoles. El inspector Laughlin llamó por teléfono. Me encargó que les dijera que se dirijan a Providence lo más rápidamente que puedan.

—¿Cuál es el camino más corto para llegar allí?

—Sigan la carretera. A una milla de aquí sale una derivación a la izquierda. Tiren por ella y llegarán en quince minutos.

La derivación comenzaba, en efecto, donde el servidor del surtidor les había indicado. Un poste de madera, pintado con listas blancas y negras, se alzaba en su arranque, sosteniendo un tablón que indicaban con grandes letras que faltaban quince millas para llegar a Providence.

El automóvil se lanzó por una carretera de segundo orden, muy bien cuidada, devorando las millas, sin disminuir la velocidad al pasar por los alegres y dormidos pueblecitos que cruzaba.

Quince minutos después las primeras luces de la capital del Estado de Rhode Island aparecían a su vista, mientras seguían acercándose velozmente a ella.

Un automóvil estaba parado junto al borde de la carretera, a la salida de la ciudad. Más allá de él se levantaban las primeras casas. El uniformado agente que permanecía al pie del vehículo les invitó a detenerse y preguntó por Crethers cuando estuvo a su lado.

—El inspector Coster me encargó que les esperase aquí para conducirles —dijo—. Es el jefe de la Policía de la ciudad.

—Le conozco —repuso Crethers—. ¿Qué le ocurre a Coster?

—He oído algo acerca de unos individuos escapados de Boston —repuso el agente—. Al parecer se han hecho fuertes en un edificio y el inspector está tratando de desalojarlos de allí.

El agente montó en el coche y se encaminó hacia el centro de la ciudad, haciendo sonar la sirena. Denis procuró no perderle de vista, mientras Crethers apretaba los labios con fruición.



EXTRAORDINARIO de
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡LO MEJOR DE LO MEJOR
PARA LA JUVENTUD IBEROAMERICANA!

VIII

HABLA LA RADIO



A furgoneta de la funeraria conducida por Lagle se detuvo con un chirriar de frenos ante el agente de control que les conminaba a pararse. Claude, vestido con el blusón negro del chofer de la funeraria, asomó la cabeza por la ventanilla.

—Buenas noches —preguntó—. ¿Ocurre algo, agente?

Weining, a su lado, enfundado en el blusón negro que había quitado antes a uno de os mozos, miraba al policía tranquilamente,

aunque el corazón le latía con violencia.

—¿Adónde van ustedes —preguntó el agente?

—A Nueve York, llevamos un cadáver para enterrarlo allí.

El agente gruñó algo acerca de algunas las ocurrencias de algunas personas de trasladar a sus muertos a otras ciudades, y luego agregó:

—Voy a echar un vistazo dentro.

Fue una mera fórmula. Lagle descorrió la placa metálica que, detrás de él, cerraba al ventanillo de comunicación con el interior de la furgoneta, el agente miró dentro y distinguió e rostro compungido de Blevins y parte del cuerpo de un hombre, tendido en la camilla, inmóvil.

—Siga adelante —dijo.

La furgoneta prosiguió su camino.

—¿Qué te parece, Weining? —preguntó Lagle.

—Parece que hemos conseguido romper el cerco. Tienen que ser muy listos para atrapar a Claude Lagle.

Lanzó una carcajada de vanidosa alegría, de la cual Weining no se hizo eco.

—No cantes victoria aún —dijo.

La furgoneta iba lanzada por la carretera. Lagle era un magnífico conductor y pisaba a fondo el acelerador, devorando las millas.

De pronto el rumor del motor se vió ahogado por el clamor de una sirena que surgió detrás de ellos, al mismo tiempo que un chorro de luz procedente de los faros de la motocicleta se confundió con el de la furgoneta.

—Lo que nos faltaba —gruñó Lagle.

—¿No te lo decía yo?

—No te preocupes. Se tratará sólo de imponernos una multa.

El motorista se colocó a su nivel. Luego lo rebasó, y cuando estuvo delante de ellos, fue disminuyendo paulatinamente la velocidad, obligando a Lagle a hacer lo mismo, mientras maniobraba hábilmente, para impedir que la furgoneta le pasase de nuevo.

AL fin se detuvo al borde de la carretera y Lagle paró la furgoneta detrás de su máquina sacando la cabeza por la ventanilla siempre sonriente, mientras Weining, con una especie de presentimiento en el corazón, se llevaba la mano derecha a la

pistola, oculta bajo el blusón.

A la luz de los faros el motorista tomó nota de la matrícula de la furgoneta. Luego se acercó a la ventanilla por el lado de Lagle y saludó ligeramente.

—¡Oiga! —preguntó—: ¿no ha visto el indicador para reducir la velocidad a una milla de aquí? Claro, por supuesto que va a decirme que no. Bueno, pues tiene usted diez dólares de multa, para que otra vez aguce la vista.

Lagle encendió la luz de la cabina y se echó mano a la cartera. El motorista tomó el billete que le tendía y de pronto se quedó mirando fijamente a Weining.

—¿Puedo seguir, agente? —preguntó Lagle.

—Un momento. Hagan el favor de enseñarme los papeles de la furgoneta y los suyos también —dijo el motorista.

Lagle se envaró y perdió la sonrisa instantáneamente.

—¿Por qué tantas precauciones? —preguntó.

—No es corriente que un chofer pague los diez dólares de multa enseguida. Ni que lleve una cartera tan bien provista como la suya —dijo el motorista—. Por lo general, nos indican que se pase a cobrar la multa a la casa donde trabajan.

Su mirada seguía fija en Weining y éste se estremeció. Estaba seguro de que el motorista sospechaba. Seguramente había recibido por radio las señas de la furgoneta y tal vez las suyas propias.

Miró a Lagle. El rostro de éste se había tornado pálido. No tenía la documentación de la furgoneta ni podía mostrar la suya propia, porque era demasiado arriesgado el hacerlo. Tampoco tenía los papeles precisos para circular por carretera con un cadáver; de forma que si el motorista se empeñaba en llevarles a una estación de Policía, iban a pasarlo mal. De pronto, los ojos de Lagle se posaron en el bulto que la mano derecha de Weining formaba debajo del blusón, cerca de su brazo izquierdo. Ambos rufianes se entendieron con una rápida mirada.

—Está bien, agente —dijo Lagle sonriendo. Le enseñaré los papeles.

De pronto se echó hacia atrás pegando su espalda al respaldo del asiento. Weining se inclinó ligeramente hacia adelante, desvió la mano de la ventanilla a una yarda de distancia.

Era imposible fallar el tiro. El proyectil atravesó la tela del

blusón, cruzó con un zumbido ante el pecho de Lagle y se incrustó en el del motorista, que, sorprendido, se llevó ambas manos a la herida, retrocediendo unos pasos.

Weining no perdió el tiempo. Sacó rápidamente la pistola de debajo del blusón y disparó otra vez sobre él alcanzándole de nuevo en la cabeza.

El motorista cayó al suelo. Lagle se tiró del vehículo y ayudado por Weining, le arrastró hasta la cuneta, dejándole tendido en ella. Luego hizo la misma operación con la motocicleta y subieron de nuevo al coche, alejándose a toda velocidad.

Ahora ya no estaban tan seguros de poder eludir la persecución del

F. B. I.

Eran muchos los rastros que iban dejando tras ellos y, además la sospechosa mirada con que el motorista había examinado a Weining les demostró que la Policía conocía sus señas personales, y éste, sobre todo, era un tipo que no pasaba desapercibido a causa de su feo y llamativo rostro de pugilista.

—No comprendo —manifestó Lagle—, a mí me vieron en el «Atlanta», pero a ti...

—El soplón que les dijo lo demás bien pudo verme con Brown cuando me entrevisté con él la primera vez —repuso Weining. El conductor del «taxi» me vió también, sin olvidar al médico que curó a Pickard.

Una carretera secundaria partía a la izquierda Lagle metió por ella la furgoneta y apretó de nuevo el acelerador.

—Vamos a Providence —decidió, de repente—. No podemos llegar a Nueva York con la furgoneta, porque seguramente a estas horas ya están enterados allí de que vamos a llegar en ella. En Providence podemos cambiar de vehículo o trataremos de llegar por mar.

Minutos después estaban en las afueras de la ciudad. Lagle y Weining se apearon del pescaste tras apagar los faros. A ambos lados de la carretera se extendía el campo, en el cual se alzaban algunos edificios aislados, y delante de auto a poco más de doscientas yardas, se elevaban las primeras casas de Providence.

Lagle abrió la furgoneta. Blevins saltó al suelo.

—Estoy harto de estar ahí metido dentro.

—Ayuda a salir a Pickard —dijo Lagle, secamente—. Tenemos que abandonar la furgoneta.

Sacaron a Pickard del interior del vehículo. Lagle subió al pescante y maniobró con la furgoneta, haciéndola saltar el borde de la carretera, para meterse en el campo con las luces apagadas. Cuando juzgó que estaba lo suficientemente lejos de carretera para que la furgoneta no pudiera ser vista, la detuvo y regresó a pie junto a sus compañeros.

—Ahora, en marcha —dijo.

Los cuatro se alejaron hacia la ciudad. Pickard avanzaba sostenido por Blevins, y al caminar, lanzaba quejidos de dolor. Las heridas de la pierna estaban pidiendo a gritos la intervención de un cirujano, pero, por el momento, no podían arriesgarse a solicitarla. Otra cosa sería cuando llegasen a Nueva York, con la legión de médicos de la ciudad que viven exclusivamente a costa de su clientela de «gangsters».

En la primera casa de la ciudad había un bar abierto todavía, donde unos cuantos hombres se entretenían charlando, resistiéndose a irse a descansar.

Lagle entró en él seguido de los demás. Los concurrentes se fijaron en el rostro de dolor de Pickard y en su dificultad al andar.

—Se ha caído —explicó Lagle al «barman»—. Tal vez se haya roto una pierna.

—Deben llevarlo al hospital —repuso aquél, solícitamente—. ¿Quieren que telefonee pidiendo una ambulancia?

—No, no, muchas gracias —se apresuró a replicar Lagle—. Yo mismo iré a buscar un coche. Mientras tanto, mi amigo esperará aquí. Haga el favor de servirle algo que le reanime.

Weining y él salieron del establecimiento, dejando en éste a Pickard, al cuidado de Blevins, frente a unas copas de «*brandy*» que el «barman» les había servido.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Weining.

Estaba asustado, presintiendo cómo el cerco se iba estrechando alrededor de ellos. A diferencia suya, Lagle conservaba toda su tranquilidad. Los dos sabían que se encontraban en un gran apuro, peligrosamente cerca de ser capturados. No ignoraban que la voladura del «Atlanta» había sido un golpe asestado en pleno corazón de la nación americana y que la Policía de todas las

ciudades y aldeas cercanas a Boston estaría sobre aviso, tejiendo alrededor de aquella ciudad una tupida red de vigilancia difícilmente salvable.

Centenares de agentes de Policía y decenas de agentes especiales del

F. B. I.,

con sus poderosos medios de comunicación o de transporte, los teléfonos, la radio e incluso la televisión, tomaban parte en aquel gigantesco esfuerzo, encaminado a impedir que una vez más aludiesen la acción de la Justicia los hombres que desde hacía varios meses venían realizando terribles actos de sabotaje, que costaban a la nación la pérdida de materiales de vital importancia para la guerra, además de numerosas vidas humanas.

Pero ambos reaccionaban de distinta manera ante el peligro. Weining no carecía de valor, pero le faltaba la inteligencia necesaria para salir de aquel trance, y como lo sabía, sentía cierto temor, aunque confiaba plenamente en Lagle.

Un agente patrullero paseaba tranquilamente la calle. Lagle se acercó a él, seguido por el receloso Weining.

—Oiga, agente —inquirió Claude—: ¿podría decirme si hay por aquí algún garaje donde alquilen coches? —le preguntó Lagle.

El agente les señaló una dirección, dándoles instrucciones para llegar hasta allí, y ambos forajidos continuaron su camino a través de las calles de Providence, poco concurridas ya a aquellas horas de la noche.

El garaje en cuestión no estaba lejos. Sus enormes puertas se abrían a una amplia calle, y enfrente había un jardín público. Varios hombres se encontraban en él, comentando las últimas noticias que la radio lanzaba a los cuatro vientos, acerca de la voladura del acorazado.

—Atención —reclamó la voz del locutor—. Van ustedes a oír los últimos detalles acerca del siniestro de Boston. El

F. B. I.,

de dicha ciudad nos ruega la publicación de la siguiente nota:

«La voladura del acorazado “Atlanta” en el puerto de Boston ha sido efectuada por varios individuos, llegados hace unos días a esta ciudad, procedentes de

Nueva York. Gracias a las huellas dactilares encontradas en un automóvil utilizado por los saboteadores, se ha conseguido identificar a tres de éstos. Sus nombres son: Claude Lagle, Burt Weining y Esteban Brannan. Retengan bien estos nombres, así como la descripción de estos tres individuos, que daremos a continuación. Sus fotografías serán televisadas también. Se ruega a toda la población civil que coopere con nosotros en la busca y captura de estos peligrosos individuos...».

El locutor siguió dando las señas personales de los tres forajidos, con el mayor detalle. Luego indicó que, sobre todo, los dueños de automóviles y casas de alquiler de los mismos debían de estar especialmente prevenidos, pues se suponía que los forajidos abandonarían la furgoneta en la que habían conseguido escapar de Boston, por ser fácilmente reconocible, e intentarían alquilar o robar algún coche en que poder llegar a Nueva York.

Lauglin no había perdido el tiempo. Los procedimientos policiales no tenían secretos para él. Sabía por experiencia cuándo es necesario poner al público en antecedentes de ciertos detalles, y Landis, el inspector del

F. B. I.,

subjefe de la División de Boston, estuvo de acuerdo con él en que aquel caso, de interés nacional, era uno de ellos, porque en aquellos días de psicosis de guerra, cada ciudadano de la Unión se convertiría en un policía.

Habían recibido la respuesta de Nueva York hacía pocos minutos. Junto con las descripciones de los forajidos identificados, llegaron también sus fotografías, transmitidas por tele radio. Lauglin y Landis se apresuraron a dar aquella nota a las siete emisoras de radio de Boston, para que fuese radiada cada cinco minutos, interesando, además, a las estaciones que recogiesen el mensaje que lo radiasen a su vez con la mayor frecuencia posible.

De esta forma, en menos de media hora, el mensaje llegó repetido cien veces a todos los rincones de la Unión, insistiendo en su radiación, especialmente las estaciones próximas a Boston.

Lagle sabía que esto tenía que ocurrir, pero no suponía que el

F. B. I.,
hubiese trabajado con tanta rapidez.

Por esto se acercaron al garaje sin la menor precaución, dando la sensación de ser dos pacíficos ciudadanos que nada tenían que temer de la Policía.

En el momento en que ellos se acercaban al garaje, la radio, una vez transmitido el mensaje, emitía de nuevo música de baile, pero ninguno de los cinco hombres que se sentaban alrededor del aparato hacia el menor caso de la suave voz de Winnie de Marr, que cantaba el «slow». «Mi corazón pertenece a papá», de la manara más sugestiva.

Lagle y Weining llegaron ante la puerta del departamento de cristales, donde los cinco hombres estaban reunidos, penetrando en él. Aquéllos cesaron en su conversación y se volvieron hacia los recién llegados; pero ambos forajidos tuvieron tiempo de percatarse de cuál era el tema de la conversación.

Una helada corriente de aire pareció penetrar con ellos en la estancia, transformando la cordial atmósfera que pocos segundos antes reinaba allí, en un ambiente pesado y frío, en el cual flotaba algo tan incierto como palpable.

Lagle avanzó hacia los hombres sonriendo. Sus maneras eran elegantes y desenvueltas, precisamente tal y como había dicho la radio minutos antes. Y su fino bigote, la palidez de su rostro y los ojos y pelo negro, ondulado, todo coincidía con la descripción que acababan de oír; pero más aún destacaba Weining con su nariz aplastada y su boca grande, de labios gruesos, con una cicatriz en el inferior.

Los cinco hombres cambiaron una mirada y permanecieron inmóviles, sin saber qué hacer. Poco antes, cada uno había manifestado lo que él haría si tuviese delante a alguno de aquellos bandidos, y ahora que dos de ellos estaban allí, la sorpresa parecía haberlos inmovilizado.

—Bueno —repitió Lagle—. He dicho que quiero alquilar un automóvil. Un amigo mío...

Los hombres no le escuchaban. Su deseo de alquilar un automóvil era una certidumbre más. Al fin, el encargado del garaje, haciendo un esfuerzo, consiguió serenarse lo suficiente para preguntar:

—¿Con chofer o sin él?

—Preferirla que fuese sin él —repuso Lagle—. Lo necesitamos solamente para un par de horas. Tenemos imprescindible necesidad de ir a New Bedford.

Las miradas de los cinco hombres no reflejaban sus pensamientos. No creían ni una sola de las palabras de Lagle, pero procuraron disimularlo, conscientes del peligro que corrían sus vidas si exteriorizaban sus sospechas.

—Supongo que tendrán alguna documentación —dijo el encargado del garaje—. Un «carnet»..., algo que demuestre su personalidad.

Lagle afirmó con la cabeza. Weining cerró con fuerza sus dedos sobre la culata de la pistola, que mantenía en el bolsillo de la chaqueta. El momento era tenso.

Lagle sacó la cartera y mostró al encargado del garaje un «carnet» que lo acreditaba como miembro de las fuerzas armadas de la nación, con la graduación de capitán. Al verlo, el encargado del garaje vaciló, pero dejó de dudar al leer el nombre estampado en él.

—George Lagle —dijo, con voz suficientemente fuerte para que sus cuatro acompañantes pudieran oírle.

Uno de ellos se levantó de pronto de su asiento.

—Bueno, Nhils —dijo—. Yo me voy. Hasta mañana.

Echó a andar hacia la puerta. Weining le siguió con los ojos cargados de sospechas. Su instinto le estaba diciendo que aquellos hombres sabían quiénes eran en realidad, pero la tranquilidad de Lagle le devolvió parte de su confianza, y el individuo abandonó la estancia sin sufrir la menor molestia.

—Bien —dijo el encargado—. ¿Dijo por un par de horas? Son veinte dólares, a pagar por adelantado. Si se exceden de ese tiempo lo abonarán al regreso.

Lagle depositó sobre la mesa la suma pedida. Luego se volvió para decir algo a Weining, pero éste no estaba ya allí. El instinto del peligro había vencido por fin a la prudencia y al ejemplo de la tranquila actitud de Lagle y había salido detrás del hombre que acababa de marcharse.

Desde la puerta del garaje vió cómo aquél, apenas llegado a la calle, perdía su compostura anterior y se alejaba corriendo, atravesando la calzada, hacia una farmacia que había en la acera de

enfrente.

Weining cruzó la calle a su vez. Un coche pasó velozmente a su lado con las luces apagadas y estuvo a punto de atropellarle. Weining no hizo el menor caso de las imprecaciones del conductor. La alocada huida de aquel individuo le había convencido de que sus sospechas anteriores eran ciertas. ¡Y Lagle que creía tan listo!

Él sabía muy bien lo que iba a hacer aquel hombre. Telefonaría a la Policía desde el «*drugstore*» y ésta tendría tiempo de sobra de llegar al garaje, mientras los otros que estaban con el encargado procuraban entretener a Lagle. Tenía que evitar a toda costa que aquel hombre utilizase el teléfono.

Se acercó al escaparate del «*drugstore*». El hombre estaba dentro del establecimiento, gesticulando nerviosamente ante un joven alto, delgado y pálido, que estaba tras el mostrador, y de cuando en cuando señalaba hacia el garaje.

El joven asintió vigorosamente con la cabeza y el hombre se encaminó a la trastienda, seguido del dependiente.

Weining levantó el brazo derecho, apoyado en el cristal del escaparate el cañón de la pistola que empuñaba.

Pidan los inigualables cuadernos de

AVENTURAS DEL F. B. I.

A

EDITORIAL ROLLAN

SAN BERNARDO, 68.—MADRID

IX

CERCO



OR la calle transitaban escasos transeúntes. Dos manzanas más abajo, un agente patrullero oyó los dos disparos casi simultáneos y corrió hacia el lugar donde habían sonado, llegando a tiempo de ver cómo Weining atravesaba la calle corriendo y se perdía en el interior del garaje Excelsior.

Tocó su pito repetidas veces, pero Weining no se detuvo, en vista de lo cual el agente disparó sobre él. La oscuridad le impidió hacer blanco y Weining llegó a la casilla del encargado sano y salvo, en el preciso momento en que los otros cuatro hombres se

disponían a lanzarse sobre Lagle, acuciados por los disparos. La aparición de Weining pistola en mano, les impidió realizar este acto que les hubiese dado fama, dinero y notoriedad.

—Arriba esas manos. Al primero que se mueva le dejo seco — exclamó Weining.

—¿Qué ocurre? —Inquirió Lagle—. He oído disparos.

—Dos los hice yo. Los otros un agente que venía detrás de mí — repuso Weining—. Vamos, Lagle: no podemos perder el tiempo. Nos han descubierto.

Los agudos pitidos del silbato del patrullero, llamando en su auxilio a otros compañeros, llegaban muy atenuados al interior del garaje. Las escasas personas que transitaban por aquellos lugares, comenzaron a formar grupos en la acera de enfrente del garaje, preguntándose unos a otros qué ocurría.

Dos agentes más llegaron, atraídos por el silbato de su compañero, que les informó de lo sucedido. Uno de ellos se encaminó a la farmacia, mientras los otros dos quedaban vigilando la puerta del garaje. El individuo que había salido de éste, estaba muerto, con un balazo en el corazón, pero el dependiente del establecimiento vivía aún.

Ambos estaban tendidos en el suelo, en medio de un charco de sangre que comenzaba a rodar hacia la puerta de la calle. Las palabras salieron entrecortadas de los labios del dependiente de la farmacia y el agente no perdió el tiempo.

Con mano nerviosa marcó el teléfono de la Jefatura de Policía, dando la voz de alarma. Luego, dejando al dependiente del establecimiento al cuidado de algunas personas que habían entrado en la farmacia tras él, fue a reforzar la vigilancia de sus compañeros ante la puerta del garaje.

—Hay otra salida por la parte posterior —les indicó un hombre—. Encierro mi coche ahí y lo sé muy bien.

Mientras tanto, Weining y Lagle retrocedían hacia la puerta, sin dejar de encañonar a los hombres que estaban en la garita, demasiado atemorizados para intentar cualquier movimiento ofensivo, pero antes de que consiguiesen llegar a ella, el encargado del garaje tuvo, al fin, la presencia de ánimo necesaria para, en un arranque de valor, empuñar una palanca y tirar de ella fuertemente.

Las dos puertas de corredera del garaje comenzaron a deslizarse

lentamente la una hacia la otra. Lagle y Weining apretaron el paso, llegando ante las dos planchas de acero con tiempo suficiente para haber conseguido escabullirse entre ellas, pero en el momento en que el segundo intentó pasar a través de la abertura que se estrechaba por Instantes, varios proyectiles se estrellaron contra las planchas de hierro, a pocas pulgadas de su cabeza.

De un salto de tigre, Weining tornó al interior del garaje.

—Ha sido ese maldito... quien ha cerrado las puertas —exclamó Lagle con voz ronca—. Ven, Weining, vamos a darle lo suyo.

Pistola en mano regresaron a la cabina, pero los cuatro hombres ya no estaban en ella.

—Han huido —dijo Weining—. Quizá haya otra salida...

La encontraron después de buscar algunos minutos. La puerta estaba al final del estrecho pasillo, al cual se abrían otras varias correspondientes a los *waters* y depósitos de material.

Rápidamente recorrieron el pasillo en toda su longitud y abrieron la puerta de un tirón. Daba a un callejón mal iluminado, de cuyas tinieblas surgió un resplandor de varios disparos que hicieron a Lagle cerrar de nuevo la puerta y retroceder al pasillo en el cual chocó contra Weining.

—¡Maldición! —exclamó—. Un cerco en toda regla. Ahora sí que nos han cazado.

Weining le miró. Los rostros de ambos forajidos aparecían cenicientos a la luz de la bombilla que mal iluminaba el pasillo.

Si hubieran tenido decisión, aventurándose a cruzar aquella puerta en la cual se posaban sus ojos con ansiedad, quizá habrían logrado escapar, pero no lo hicieron porque ignoraban cuántos hombres habría emboscados en el callejón, esperando vigilantes su salida, y no se decidieron a ser alcanzados antes de conseguir poner el pie en la calle.

Aquellos minutos de vacilación iban a serles fatales. El inspector Coster no perdió el tiempo.

Mientras dos coches repletos de agentes se encaminaban a reforzar el cerco del garaje, telefoneó a Boston poniéndose al habla con el inspector Landis, el cual le informó que Crethers y Denis habían partido en persecución de los forajidos. Luego Landis llamó a la gasolinera con la esperanza de que sus compañeros no hubiesen llegado aún a ella y Coster situó un agente con un coche a la

entrada de la población para que les condujese al sitio en cuanto llegasen.

Mientras tanto, el cerco del garaje había sido eficazmente reforzado por doce agentes bien armados, dispuestos a impedir a toda costa que ambos rufianes lograsen huir.

Lagle y Weining estaban cazados, pero de ninguna manera dispuestos a rendirse sin luchar. Sabían bien que ya no había esperanza para ellos. El garaje se alzaba entre dos altos edificios y sólo tenía aquellas dos salidas, celosamente vigiladas por la Policía.

—Lo que más siento es haberle proporcionado un ascenso a ese imbécil de patrullero que me vió disparar —dijo Weining con la mayor calma, encendiendo un cigarrillo.

Ahora que todo estaba perdido hacía frente a los acontecimientos con la misma serenidad que Lagle. Éste, sentado ante el aparato de radio, escuchaba tranquilamente la música, como si se encontrase en un «*night club*», en lugar de estar en aquella ratonera, cerrada por dos docenas de policías.

—Bueno —dijo bajando un poco el tono del aparato—; al parecer ha llegado el fin, Weining.

—Alguna vez tenía que ser —repuso éste filosóficamente, sin dejar de vigilar la puerta del garaje que daba al pasillo.

—Sólo se trata de saber cuánto tiempo podremos resistir sin comer —dijo Lagle de nuevo, con macabro humorismo—. Nosotros no podemos salir, pero a ellos no les va a ser fácil entrar. La puerta de delante está cerrada por esas dos planchas de acero, impenetrables a las balas y ese pasillo es demasiado estrecho para que se arriesguen por él. El primero que cruce esa puerta... —Hizo un gesto con la mano lo suficientemente elocuente y dejó la frase sin acabar.

—¿Qué habrá sido de Blevins y Pickard?

—No tardarán en atraparlos —repuso Lagle—. En cuanto el dueño del bar se entere de lo que está ocurriendo, se apresurará a denunciarlos.

Sus palabras resultaron proféticas, porque en aquel preciso momento el «barman» se acercaba a un agente de los que completaban el cerco del garaje, diciéndole que en su establecimiento había otros dos hombres que debían de ser compañeros de los sitiados.

El agente se apresuró a trasladar la noticia al inspector Coster y éste envió al bar a un teniente acompañado de tres patrulleros. Cuando llegaron allí, Blevins y Pickard se habían largado ya. Algunos clientes habían llegado al bar, comentando lo que estaba ocurriendo, y los dos rufianes se apresuraron a poner terreno por medio en cuanto vieron salir al dueño del bar.

Sin embargo, Pickard, herido como estaba, no podía ir muy lejos. El coche de la Policía partió en la dirección que les indicaron algunos asistentes al bar y no tardó en encontrarlo, renqueando hacia las afueras de la ciudad, pero Pickard tuvo el acierto de no ofrecer resistencia y así, al menos de momento, se libró de la muerte.

En cuanto a Blevins, las cosas ocurrieron de otra forma. El forajido se acordó de repente de la furgoneta. Era demasiado arriesgado y peligroso acercarse a ella, pero pensó que el vehículo le proporcionaría la oportunidad de poner unas cuantas millas entre él y el Providence. Luego la dejaría abandonada en cualquier sitio y procuraría desaparecer. Un hombre sólo puede pasar fácilmente desapercibido donde cuatro son demasiado visibles.

Con esta idea se encaminó al lugar donde Lagle había dejado la furgoneta pocos minutos antes, pero Pickard, interrogado por el teniente de la Policía, había cantado de plano y aquél comenzó por hacerse cargo del vehículo.

El resultado fue que se entabló un tiroteo entre Blevins y los agentes, en el cual, como es natural, el forajido llevó la peor parte y pasó los apuros del infierno antes de caer acribillado a balazos por los mortíferos fusiles «Thompson» de los agentes.

Poco después de este suceso, Crethers y Denis llegaban a Providence y eran conducidos a presencia del inspector Coster, el cual les dio cuenta de la situación. Uno de los forajidos había resultado muerto, otro estaba herido en poder de la Policía y los otros dos se encontraban en el interior del garaje, sin la menor posibilidad de poder escapar. La situación no podía presentar más risueñas perspectivas.

Crethers y Denis tomaron inmediatamente la iniciativa. No hubo el menor roce con Coster acerca del mando. Los ojos penetrantes de Denis examinaron la fachada del garaje. En seguida se volvió hacia Coster.

—¿Hay alguien que pueda explicarme cómo es ese garaje por dentro? —le preguntó.

—Creo que sí.

Poco después, el encargado comparecía ante ellos y contestaba a las preguntas de Denis, el cual se dio una idea exacta de lo que deseaba saber.

—Difícil ¿eh, Denis? —comentó Crethers—. Cualquiera que se aventure por ese pasillo...

—Podríamos emplear gases —dijo Denis—. Pero ¿por dónde los lanzamos?

Fue el encargado quien les dio la solución.

—En la parte posterior de la nave hay una claraboya —dijo—. Tal vez rompiendo algunos cristales...

En seguida comenzaron los preparativos. Denis, acompañado por tres agentes más, se encaminó al callejón por donde el encargado le había dicho que era más fácil encaramarse al tejado. Los cuatro hombres portaban morrales llenos de bombas de gases lacrimógenos. Por una escalera de hierro adosada al muro subieron al tejado sin la menor dificultad y en seguida encontraron la claraboya de que les habló el encargado.

Era de gran tamaño y estaba construida con gruesos cristales cuadrados, de unas ocho pulgadas de lado cada uno. El mazo de hierro que llevaba uno de los agentes cayó repetidas veces sobre los cristales, que fueron a parar al interior del garaje, hechos añicos, produciendo un gran estrépito.

Lagle se levantó de un salto de la silla que ocupaba.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó alarmado.

Ambos forajidos se acercaron prudentemente al fondo del garaje, sorteando los coches que llenaban la nave. Rápidamente se percataron de lo que pretendían hacer los agentes que estaban en el tejado, y dispararon sus armas contra la claraboya, sin lograr impedir que Denis y sus acompañantes llevasen a cabo sus propósitos.

Las bombas de gases lacrimógenos comenzaron a caer como una lluvia dentro del garaje, explotando con ruido sordo al chocar contra el suelo.

Una nube de gas comenzó a extenderse. Lagle y Weining retrocedieron, pero la nube les persiguió implacable, incrementada

por el gas desprendido de nuevas bombas que caían dentro de la nave sin cesar. Era un enemigo contra el cual no estaban preparados para luchar.

Al fin, llegaron al otro extremo del garaje contemplando impotentes y enloquecidos de furor la nube de gas que seguía avanzando implacable hacia ellos. No tardaría en envolverles en sus tentáculos, obligándoles a rendirse.

—Vamos al pasillo —dijo Lagle.

Conteniendo la respiración, se lanzaron a través de la espesa nube de gas, en dirección a la puerta que daba al pasillo, donde pensaban que estarían a salvo durante algún tiempo, pero allí les esperaba otra sorpresa.

Crethers no era ningún tonto y tanto él como Coster tenían en su haber una gran experiencia en aquellas lides. Apenas comprendieron que Denis había comenzado a arrojar bombas en el interior del garaje, sus hombres forzaron la débil puerta del callejón, emplazando en su hueco un fusil ametrallador, de forma que, cuando Lagle y Weining, con los ojos enrojecidos y llorosos a causa del gas, abrieron la puerta que comunicaba el garaje con el pasillo, fueron sorprendidos por una lluvia de proyectiles que cayó sobre ellos.

Lagle, que iba delante, lanzó un grito de dolor antes de caer al suelo. Weining saltó hacia atrás, penetrando de nuevo en la nave invadida por el gas.

Claude, tendido en el suelo, se incorporó ligeramente, apoyándose en su codo derecho, apuntando hacia la puerta con su automática, pero los fusiles cantaron de nuevo en el reducido espacio del pasillo. Docenas de proyectiles se clavaron en el cuerpo del forajido, abriendo en él numerosas heridas por las cuales se le escapó la vida.

Una nube de gas rodeó su cadáver exangüe. Otros agentes sustituyeron a los que le habían dado muerte y comenzaron a avanzar hacia el garaje a lo largo del pasillo, protegidos contra la acción del gas por máscaras protectoras, que les daban la apariencia de siniestros hombres de otros planetas.

A través de la puerta abierta llegó hasta sus oídos el ruido del violento acceso de tos que acometió a Weining, el cual se sentía morir, asfixiado por la mortífera nube que le rodeaba.

Asiéndose el cuello con la mano izquierda, con las ansias de la muerte reflejadas en su semblante, el forajido avanzó hacia la cabina de cristales, penetrando en ella y cerrando rápidamente la puerta tras él. La atmósfera era allí un poco más pura, y Weining aspiró con fruición el aire del ambiente, a pesar de estar ligeramente cargado de gas, porque llevaba un poco de descanso a sus irritados pulmones.

«Ha llegado la hora de rendirse», pensó.

Con este pensamiento asió la palanca que abría la puerta principal del garaje, accionando sobre ella.

A través de la espesa nube de gas que flotaba ante él, al otro lado de los cristales, percibió el movimiento de las puertas de hierro al separarse, deslizándose sobre las bien engrasadas correderas.

Una bocanada de aire removió la nube de gas, y Weining avanzó hacia la puerta de la cabina, en el mismo momento en que dos extrañas figuras desembocaban en el garaje por la puerta del pasillo. Weining lanzó un grito inarticulado y tiró al suelo la pistola que empuñaba, en un mudo gesto de rendición, pero los dos agentes no comprendieron, o no quisieron comprender, su actitud.

Los fusiles ametralladores crepitaron a diez yardas de Weining, rasgando la nube de gas con las rojas explosiones de los disparos. El forajido miró, asombrado ante él. Luego, sus ojos se tornaron cristalinos, mientras varias rosas de sangre se agrandaban en su pecho y, al fin, cayó pesadamente al suelo, insensible ya a los efectos del gas que le envolvía.

SORPRESA



OMO Crethers y Denis habían supuesto, el asunto no terminaba allí, ni mucho menos. Faltaba por descubrir a la persona que había instigado y pagado los criminales actos de sabotaje llevados a cabo por aquella manada de hombres sin alma.

La captura de éstos constituyó un gran triunfo, pero eso precisa llegar a la raíz de aquella organización, exterminando a los hombres que, desde la sombra, manejaban los hilos de aquella intriga.

Pero, aparte de una buena cantidad de dinero y algunos papeles sin importancia, los forajidos muertos no llevaban encima nada que

contuviera el menor indicio que pudiera conducirles a la cabeza de aquella trama criminal.

En vista de ello se dispusieron a interrogar a Pickard. El forajido había sido conducido al hospital, donde fue atendido, bajo la vigilancia de dos agentes patrulleros, mientras se desarrollaba la lucha contra sus compañeros.

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando Crethers y Denis, acompañados por Coster, llegaban al hospital, siendo inmediatamente conducidos a presencia de Pickard.

Durante media hora, los dos hombres del

F. B. I.,

preguntaron sin cesar y el forajido «cantó» de plano, con la esperanza de salvarse de la silla eléctrica. El resultado de aquella conferencia fue un largo mensaje cifrado, que Crethers envió a Nueva York por radio.

Las ondas llevaron el mensaje a la gran ciudad, haciendo removerse los cimientos de la División del

F. B. I.,

en Nueva York, ante su contenido, haciéndola prepararse para asestar el golpe definitivo a la organización de saboteadores.

Realmente, estaban preparados desde hacía algunas horas, cuando descubrieron la clase de forajidos a quienes pertenecían las huellas que les habían enviado desde Boston, y algunos de sus hombres esperaban la llegada de Lagle apostados en las más importantes carreteras que unían a Boston con Nueva York.

Fue el inspector Carruthers quien recibió el mensaje cifrado, y una vez que logró descifrarlo, palideció ligeramente, exclamando, con voz ronca:

—¡Santo Dios! ¡Esto es imposible! Los muchachos deben de haberse vuelto locos.

El contenido del mensaje le hizo llamar apresuradamente al jefe de la División, inspector Cloud, ante la mirada atónita y el silencio más absoluto por parte de los agentes especiales que le rodeaban.

—Oye, Cloud —dijo Carruthers—: tenías razón. El centro de los saboteadores parece radicar aquí. Han atrapado en Providence a los autores de la voladura del «Atlanta». Acabo de recibir un mensaje, en el cual me dicen quién es el que daba los cuartos...

—No sigas. Ahora mismo voy para allá —repuso Cloud.

Pocos minutos después entraba como una tromba en el despacho de Carruthers, quien puso en sus manos el contenido del mensaje.

—¿Estás seguro de no haberte equivocado al descifrarlo? —preguntó Cloud, mirando, asombrado, a su compañero.

—Seguro. Puedes verlo tú mismo si lo deseas.

—Bien, Pues no hay más remedio que actuar. Caiga quien caiga, hemos de seguir adelante.

Unos minutos después, cuatro coches atravesaban velozmente las calles semi desiertas de Nueva York, hasta llegar a la batería, donde el «*ferry boat*», avisado telefónicamente, estaba a su disposición para pasarlos al barrio de Richmond, situado al otro lado de la bahía de Nueva York.

La enorme lancha a motor, conduciendo a los cuatro coches, repletos de agentes del

F. B. I.,

cruzó velozmente ante la estatua de la Libertad y, pocos minutos después, atracaba a un muelle, al cual pasaron los automóviles.

El ocupado por Cloud, Carruthers y tres agentes más, enfiló las calles de Richmond, el barrio residencial, seguido por los otros tres.

Cloud fumaba nerviosamente un enorme puro, Carruthers, a su lado, permanecía inmóvil y silencioso, hasta que el primero rompió el silencio.

—Nunca supuse que el doctor Yamamoto pudiese hacer esto —dijo—. Siempre se ha mostrado buen amigo de los americanos.

—Todos estos japoneses tienen excesivamente exaltado el sentimiento patriótico —repuso Carruthers—. Y, además, nunca sabe uno lo que piensan. ¿Obrará por cuenta propia o por la del Gobierno japonés?

—Cualquiera de las dos cosas es posible —dijo Cloud—. Lo que me preocupa es si podremos echarle el guante. La Policía de Boston ha sido demasiado liberal con las noticias.

El brusco frenazo del coche le interrumpió.

—Hemos llegado —dijo Carruthers.

Se encontraban en una amplia avenida, cuya calzada estaba bordeada por amplios paseos sombreados por cuatro hileras de árboles. A uno y otro lado de la avenida se elevaban magníficos palacetes y chalets de lujo, limitados por delante por las verjas de hierro de sus jardines.

En uno de ellos, ante el cual se encontraban detenidos los cuatro coches del

F. B. I.,
residía el doctor Yamamoto.

Era un célebre cirujano japonés, que habitaba en la ciudad desde hacía treinta años. Sus intervenciones, casi milagrosas, habían devuelto la salud y la alegría de vivir a cientos de niños americanos atacados por el mal de Pott, la parálisis infantil y otros padecimientos no menos terribles.

Multitud de niños contrahechos e inválidos habían salido de sus manos derechos como una aguja o caminando por su propio pie. El Gobierno de los Estados Unidos le había otorgado recientemente la Medalla Individual de Sanidad, la más preciada condecoración del país para los profesionales de la Medicina, en premio a sus desvelos en favor de los niños americanos, y su figura había salido infinidad de veces en la Prensa, haciéndole popular en Nueva York.

Y era este hombre el que, según las declaraciones de Pickard, ordenaba aquellos vandálicos sabotajes, pagándolos a un precio enorme.

Cloud movió la cabeza pensativamente. No conocía personalmente al célebre cirujano japonés, pero su rostro le era familiar e incluso estaba al tanto de sus trabajos profesionales. Era lamentable, pero debía de arrestar al doctor Yamamoto, al menos hasta que se aclarasen las cosas. De un momento a otro la nación podía verse envuelta en una guerra y había que impedir que continuasen aquellos salvajes atentados, que hundían a la población en la desorientación y el pesimismo.

En el chalet no brillaba ninguna luz, pero Cloud y Carruthers tenían la impresión de que, desde la casa, eran observados todos sus movimientos. Obedeciendo sus órdenes, uno de los coches se deslizó hacia la parte posterior de la casa y los demás agentes completaron el cerco, saltando a los jardines de los palacetes vecinos, mientras Cloud, llevando a su lado a Carruthers, y detrás dos agentes más, se acercó a la puerta del jardín y pulsó el timbre.

Éste resonó en el interior de la casa, pero nadie respondió a la llamada. El inspector insistió y en respuesta a su nuevo requerimiento, un hombre salió de la casa, avanzando con paso tardo hacia la puerta del jardín.

La linterna de Cloud iluminó su rostro. Era un oriental, seguramente un japonés, de edad indefinida. Su cara, impenetrable, estaba cruzada por numerosas arrugas y no hizo el menor gesto al sentirse enfocado por la luz de la linterna.

Con la mayor parsimonia abrió la puerta del jardín, dejando el paso franco.

—¿Está en casa el doctor Yamamoto? —preguntó Cloud—. Queremos verle.

—Sí, señor. El doctor está esperando a ustedes.

—¿Que nos está esperando? —preguntó Cloud, con la mayor perplejidad.

El criado asintió de nuevo, sonriendo, y les precedió hacia la casa. Al llegar a la puerta hizo una nueva reverencia y les indicó con la mano que podían entrar.

—Muchas gracias —repuso Cloud—. Pero me sentiré más tranquilo si pasas tú delante.

Tantas facilidades le estaban escamando y así se lo confesó a Carruthers en voz baja. Se hubiese sentido más tranquilo si hubiese encontrado alguna resistencia.

Detrás del viejo criado siguieron los cuatro, con las armas prestas a ser utilizadas, a un amplio «*hall*», cuya decoración era una mezcla del estilo moderno y del arte oriental. Junto a un magnífico tresillo, se veía un arcón de madera de sándalo con incrustaciones de marfil. Costosas arañas y arrimaderos de cristal y tirones lanzaban las cascadas de sus luces sobre extrañas y grotescas estatuillas de marfil y jade.

El criado se deslizaba sin ruido sobre la gruesa alfombra. Cloud y los demás le siguieron, pisándole los talones y procurando poner los pies exactamente en los mismos sitios donde los colocaba el japonés, porque no tenían el menor deseo de que la alfombra cediese a su peso, para ir a parar a algún pozo o habitación secreta.

Nada de esto ocurrió ni tampoco sucedió ninguna anomalía al subir la amplia escalera que ascendía desde el «*hall*» a los pisos superiores. Un ancho pasillo desembocaba en un amplio salón de recepciones, donde se mostraban nuevas obras del arte oriental, agradablemente mezcladas con algunos tapices, cuadros y lámparas del más moderno estilo.

El salón refulgía como un ascua de oro a la luz de decenas de

bombillas de las arañas que pendían del techo y de los brazos situados a los lados de bellas cornucopias, que multiplicaban sus reflejos. Todo parecía estar preparado para una recepción de gala.

El criado les hizo pasar a otra habitación. Ésta era tan grande como la anterior, pero carecía de muebles. Las paredes y ventanas estaban cubiertas de arriba abajo con piezas de blanca seda, que llegaban hasta el suelo. Una alfombra de una yarda de anchura, corría sobre el brillante entarimado, desde la puerta hasta la pared del fondo; en el centro de ésta se alzaba una especie de pequeño altar, ante el cual, sobre la alfombra, se veían dos cojines, sobre uno de los cuales descansaban algo, tapado con un paño de seda, con dibujos amarillos.

La decoración dejó estupefactos a los cuatro agentes. Las lamparillas que lucían encima de aquella especie de altar, atraían sus miradas como un imán.

Surgiendo de detrás de una de las cortinas, el doctor Yamamoto penetró en la estancia y avanzó por la alfombra en dirección a sus visitantes. Era un hombre alto y delgado, cuyo cuerpo se cubría totalmente con un rico kimono de seda negra, adornado con bellos bordados de colores. Cloud parpadeó. Evidentemente, no esperaba aquel recibimiento. Se figuraba al cirujano vestido con impecables ropas de tipo occidental y no con aquellas vestiduras, cuyo significado no acertaba a comprender.

Yamamoto se detuvo a corta distancia de ellos, sonriendo cordialmente. En sus oblicuos ojillos chispeaba una mirada de ironía, que Cloud no dejó de percibir.

—Buenas noches, inspector —saludó en correcto inglés, doblándose por la cintura casi en ángulo recto—. Creo que preguntaba usted por mí.

—Su sirviente nos dijo que nos esperaba. ¿Cómo sabía que vendríamos? —preguntó Cloud, a su vez.

—Las ondas trajeron a mis oídos las últimas noticias y comprendí que no tenía salvación... Mal dicho —rectificó—. Hubiera podido huir, pero esto no es propio de un hombre como yo... ni de ningún japonés.

Cloud se quedó sin habla ante la clara y explícita confesión que aquel hombre hacía de su culpabilidad.

—Bien, doctor. Entonces, ¿supongo que no habrá que apelar a la

fuerza para que nos acompañe?...

Yamamoto movió negativamente la cabeza, sin perder la sonrisa.

—Usted no ha comprendido, inspector —repuso—. Si no pude sufrir la afrenta de la huida, menos podré soportar la de ser detenido.

Cloud dio un paso hacia él. No podía adivinar lo que Yamamoto quería decir, pero tenía la impresión de que les estaba tomando el pelo. Carruthers miró hacia atrás, inquieto. El criado había desaparecido, cerrando la puerta silenciosamente tras él.

Yamamoto retrocedió unos pasos, y dijo:

—Le ruego que no intente la menor violencia, inspector. No conduciría a nada. Mire.

Dio dos palmadas y, como correspondiendo a su eco, parte de una de las cortinas que cubría uno de los testers, se corrió hacia un lado, permitiendo ver una amplia puerta ocupada por cuatro orientales armados con fusiles ametralladores, cuyas negras bocas apuntaban a los agentes del

F. B. I.

Cloud lanzó una risita un tanto nerviosa.

—No le servirá de nada, doctor —dijo—. La casa está rodeada por mis hombres.

Yamamoto no dejó de sonreír. Hablaba en voz baja y suave, sin el menor tono de emoción.

—No hay duda de que el

F. B. I.,

acabaría llevándose el gato al agua, como ustedes suelen decir —replicó—. Admiro a esta institución y me enorgullezco de haberla traído en jaque durante tres meses —sonrió más ampliamente, y agregó—: Creo que soy el único hombre que lo ha conseguido. Por eso me molestaría privarla de cuatro de sus hombres —hizo una pausa y prosiguió—: Pero no teman. No es mi deseo causarles el menor daño. Sólo deseo que presencien algo que les enseñará por qué ustedes no pueden nunca ganar la guerra contra el Japón..., si cometen la locura de ir a ella.

Cloud miró los rostros impasibles de los cinco orientales que dominaban la situación con los cañones de sus fusiles ametralladores y observó que en sus ojos brillaba el mismo místico reflejo que en las aceradas pupilas de Yamamoto.

—¿Por qué se metió en esto? —le preguntó—. Mil veces ha dicho usted que los Estados Unidos eran su segunda patria.

—Y es cierto —repuso el doctor—. Pero el Japón es la primera y la verdadera. Y todo buen japonés se debe a su patria y a su emperador —hizo una reverencia al nombrarlo, que fue imitada por los cinco individuos armados—. Yo no puedo eludir el servir a mi patria, por mucho que ame a este gran país americano. Dentro de poco, nuestras naciones estarán en guerra y mi deber es trabajar para que ganen los míos. Por eso organicé esta banda de saboteadores, sirviéndome de la hez de vuestra podrida sociedad occidental.

—¿Le ordenó su Gobierno que lo hiciera? —preguntó Cloud.

Yamamoto lanzó una corta risita y no replicó a su pregunta.

—He fracasado en la misión que me impuse y debo morir —dijo—. Ustedes serán testigos de mi muerte. Me mataré yo mismo. ¿Alguno de ustedes sería capaz de hacerlo? Nosotros miramos tanto al pasado como al presente. En aquel altar están las cenizas de mis antepasados. Voy a ir hacia ellos como debe hacerlo un buen samurái. Adiós, señores. Siento tener que privarles del placer de efectuar mi detención. Nada teman de mis criados. Una vez que yo muera nadie les impedirá salir de aquí.

Les volvió la espalda sin más palabras, encaminándose hacia el altar con paso lento, hierático y erguido, a enfrentarse serenamente con la muerte.

Cloud hizo un movimiento para lanzarse tras él, pero un gruñido de aviso de uno de los vigilantes armados le contuvo.

Yamamoto se arrodilló en uno de los cojines, elevó los ojos hacia el altar e hizo varias reverencias. Luego, Cloud y sus hombres contemplaron, fascinados, cómo retiraba el paño de seda que cubría el otro cojín y tomaba el afilado cuchillo, semejante a un curvado «kriss», que reposaba en él.

Con ambas manos lo elevó hacia el altar, mientras musitaba una especie de ofrenda. Luego lo bajó, empuñándolo por el mango con ambas manos, y apoyó en su vientre la aguzada punta del cuchillo.

Sólo vaciló un segundo. Luego, de un solo golpe, rápido, deliberado, apretó con todas sus fuerzas y cayó hacia adelante, sin exhalar el menor gemido, apretando con ambas manos la acerada hoja que había perforado sus intestinos.

Cloud corrió hacia él, arrodillándose a su lado. Yamamoto le dirigió una débil sonrisa y cerró los ojos.

Carruthers llegó en aquel momento a su lado.

—Esos individuos han desaparecido —dijo.

No encontraron el menor rastro de ellos, a pesar de que registraron la casa a fondo, pero descubrieron un pasadizo, que llegaba hasta una pequeña casa abandonada, situada en el otro lado de la avenida, por donde, sin duda alguna, habían huido.

Pero Cloud estaba satisfecho, y así se lo dijo a Crethers y a Denis, cuando éstos se presentaron en su despacho aquella misma mañana.

—Lo interesante es que esa criminal organización de saboteadores ha sido destruida —dijo—. Yamamoto era su alma y su cerebro y el que soltaba los «cuartos» y ya está muerto. Que se matase él o que muriese achicharrado o fusilado, ¿qué importa, si fuimos nosotros los que le obligamos a hacerlo?

Crethers asintió y Cloud siguió diciendo:

—Habéis realizado una labor estupenda, chicos. No tardaréis en recibir las felicitaciones de nuestro director, y seguramente algo más sustancioso. ¿Sabéis que hay ofrecido un premio de diez mil dólares por la captura de esos saboteadores?

Era una agradable novedad, que Crethers y Denis comentaron con alegría a su regreso a Boston.

—¿En qué piensas emplear la parte que te corresponde, Denis?

—Me parece que en casarme.

—¿Casarte? No sabía que tuvieras novia.

—No la tengo aún —confesó Denis—; pero hay cierta muchacha que me gusta.

Crethers le miró, sonriendo.

—Supongo que la boda será en Marlborough, ¿no es así? —preguntó.

—Mañana mismo iré a preguntárselo a Mally —repuso Denis—. Hasta entonces no puedo asegurarlo.

FIN

La Marca Trágica

Como un reguero de pólvora se extendió en la ciudad la terrible noticia: el señalado por «la marca trágica» no tenía salvación. El terror más espantoso hizo presa en las masas, amenazando el orden público y poniendo en peligro la seguridad del Estado. El F. B. I., con aplomo y serenidad, jugándose la vida a cada instante, fué desenredando la criminal trama.....

O. C. TAVIN

el autor de tantas y tan buenas novelas, es también el creador de la maravillosa novela

La Marca Trágica

JEQUE BLANCO

Aventuras del F. B. I.

Las dos mejores series de cuadernos infantiles, las preferidas por los padres para sus hijos, porque son

AMENAS

EMOCIONANTES

ARTISTICAS

ECONOMICAS

NOTAS

[1] Se refiere a John Edgard Hoover, Director del
F. B. I.

< <

[2] Verídico (N. del A.). < <

[3] Nombre dado en los bajos fondos a los cocainómanos. < <